

Historias del
despojo de tierras
en época de
La Violencia



Historias del
despojo de tierras
en época de
La Violencia

Historias del
despojo de tierras
en época de
La Violencia



Castellanos Díaz, Juliana (coordinadora)

Paula Valeria Gallo; María Camila Paladines; María Angélica García; Valeria Arias Suárez; Miguel Ángel Cruz; Juan David Cáceres; Daniela Moscoso González; Carlos Antonio Mayorga Alejo; Jefferson Ramírez; Julieth Casas; Felipe Morales; Natalia Lancheros.

Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

Historias del despojo de tierras en época de La Violencia.

Bogotá D.C.; Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano, 2020.

122 p.; 17 X 21 cm.

Palabra clave (Gran área) — Palabra clave (Área) — Palabra clave (Descriptor principal)

Registro No. _____

Depósito legal _____

Identificador de objeto digital _____

© Nombre completo del autor 1

© Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano



© Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano

Historias del despojo de tierras en época de La Violencia

E-ISBN: 978-958-5142-47-3

Digital ISBN: 978-958-5142-49-7

Editorial Politécnico Grancolombiano

Calle 61 No. 7 - 66

Tel: 7455555, Ext. 1516

Bogotá, Colombia

2020

Autores

Paula Valeria Gallo

María Camila Paladines

María Angélica García

Valeria Arias Suárez

Miguel Ángel Cruz

Juan David Cáceres

Daniela Moscoso González

Carlos Antonio Mayorga Alejo

Jefferson Ramírez

Julieth Casas

Felipe Morales

Natalia Lancheros

Director Editorial

Eduardo Norman Acevedo

Analista de Producción Editorial

Carlos Eduardo Daza Orozco

Corrección de Estilo

Ana Ximena Oliveros

Diseño y Armada Electrónica

Vanessa Sthefany Martínez Ospina

Ilustraciones

Vanessa Sthefany Martínez Ospina

¿Cómo citar este libro?

Castellanos Díaz, J. (Coord) (2020). Historias del despojo de tierras en tiempos de La Violencia. Bogotá: Politécnico Grancolombiano.

Creado en Colombia

Todos los derechos reservados

(Mayorga Alejo, y otros, 2020) No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Sin derivar - Compartir igual El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con propósitos académicos siempre y cuando se dé la fuente o procedencia

Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

Índice

Una vida llena de angustias	9
La imagen de la tierra se extravía con la de la familia	17
Siempre escapar	27
Despojados hacia el páramo con los pies descalzos	35
“Huir para sobrevivir”	45
“Tenía que anochecer y no amanecer”	59
Los 12 de Mercedes	67
Un militar en La Violencia	77
Huir, siempre huir	87
“Todo por esa violencia”	95
Entre azules y rojos	105
Otra forma de despojo	113

Introducción

LA MEMORIA es ese espacio de hilos delgados y gruesos por el que es complejo transitar. Los días, los meses y los años la convierten en un terreno impredecible de zonas fangosas; pero sobre ella, venciendo obstáculos, siempre hay que volver.

De eso trata este libro, de volver sobre el pasado de 12 colombianos que hoy superan los 80 años, y que fueron testigos de la época de La Violencia, que se establece desde 1930 y que se complejiza el 9 de abril de 1948, con el asesinato de líder político Jorge Eliécer Gaitán.

Sus recuerdos, amoldados en relatos, son importantes para que las generaciones jóvenes comprendan por qué el despojo de tierras, que se produjo desde entonces en el país, es una de las causas sustanciales del conflicto armado y, en consecuencia, del sufrimiento de campesinos que han visto, generación tras generación, cómo les arrebatan aquello que les da el alimento, sobre lo que están sus viviendas, ese espacio vital por el que sus hijos corren: la tierra.

Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña señalan en el primer tomo del libro *La violencia en Colombia* que: “Casi todos los colombianos condenaron el crimen abominable que segó la vida de Gaitán, pero nadie previó sus tremendas consecuencias (...) Él abanderaba la esperanza de solución de toda una problemática secular. Su voz era el grito de la ruralía que, cuando lo supo extinguido, recordó su consigna: si avanzo seguidme; si retrocedo empujadme; si os traiciono matadme; si muero vengadme”.

La venganza agudizó la polarización que se vivía en el país por cuenta de los partidos políticos establecidos, y desató una guerra que implicó el despojo de tierras, de liberales a conservadores y de conservadores a liberales, a través de múltiples formas de violencia. Una cruel espiral de sufrimiento que llevó a que miles de campesinos abandonaran sus tierras y debieran desplazarse a las zonas periféricas de las ciudades, en condiciones de pobreza, incluso de miseria.

Alejandro Reyes, experto en tierras, indica que: “El balance final de la Violencia fue entre 200 y 300 mil muertos. El despojo de más de dos millones de hectáreas. Hubo un enorme robo de ganado, robo de cosechas cafeteras y muchas propiedades cambiaron de manos. Entonces, toda la estructura de propiedad se resintió. Solo se salvaron regiones de minifundio que más o menos resistieron tradicionalmente. Pero mucho de lo que era la colonización cafetera fue afectada por La Violencia”.

Muchas de esas tierras no se recuperaron, y quienes debieron abandonarlas no fueron parte de un proceso de perdón y restitución, constituyéndose así en una deuda histórica que desencadenó, durante la segunda mitad del siglo XX, en la consolidación de grupos armados que buscaron justicia por sus propias manos, y desataron otras formas de violencia que el país aún busca superar.

También hay colombianos, como los que hablaron para este libro, que lograron perdonar no solo a aquellos que les arrebataron sus tierras y las vidas que en ellas habían forjado, sino a un Estado que estuvo de espaldas a sus sufrimientos.

Sin embargo, se reconfortan con la visita de periodistas jóvenes que se interesan por lo que creyeron a pocos les importaba: sus recuerdos; esos que oscilan entre escenas claras y distorsionadas; personas y cosas que duelen nombrar, pero que el calor de una conversación libera.

Esa es la historia de Colombia: un recuerdo abierto que siempre sangra.

Una vida llena de angustias

María Angélica García



Cultivaban café y tenían ganado en la finca "El Limón". Su papá era de ideología liberal, era "collarejo".



"Mi papá iba a un café. El café central... Y ahí es dónde compartían no solo liberales, sino que se mezclaban con conservadores para debatir sobre la situación de la guerrilla.

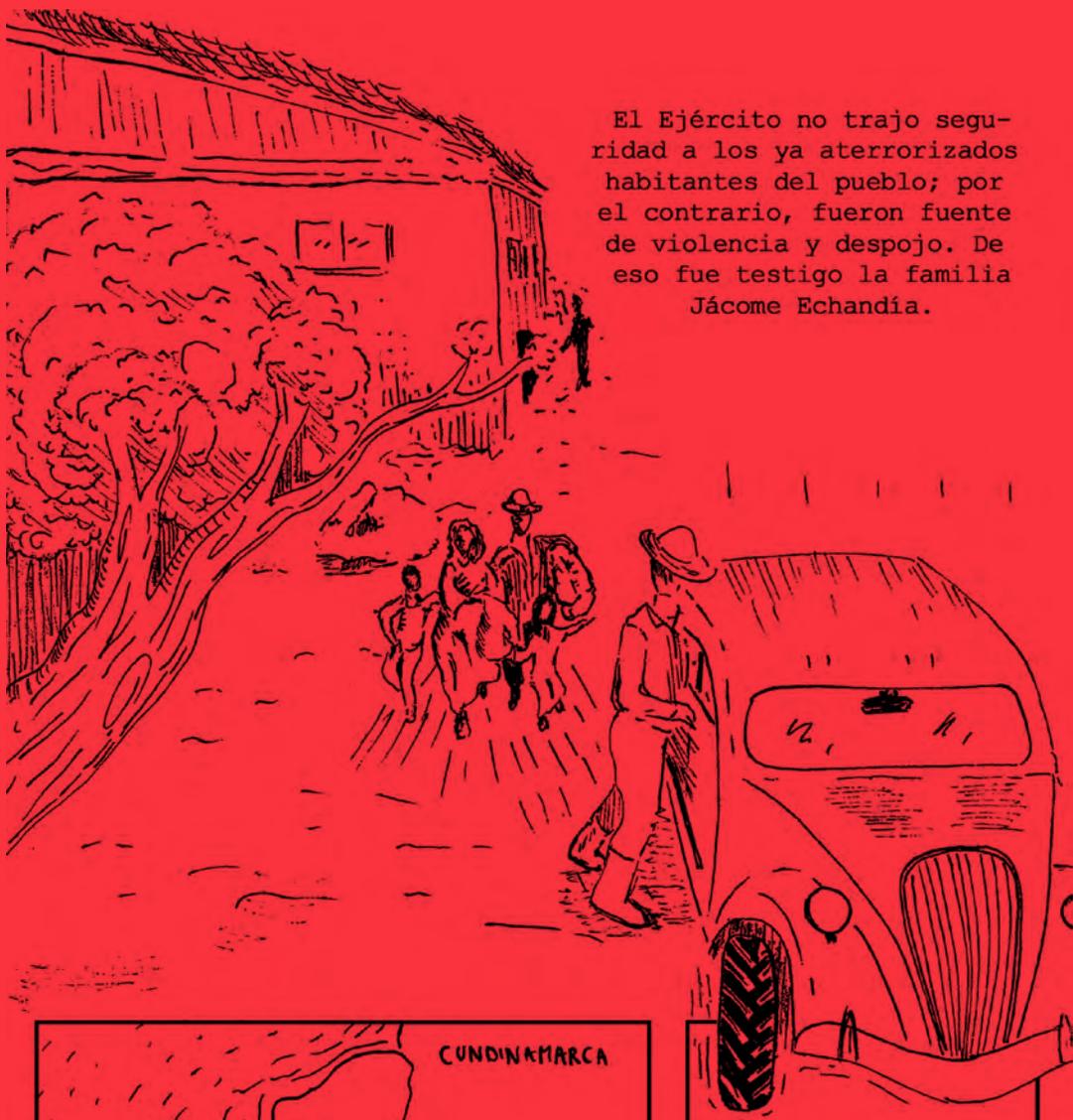




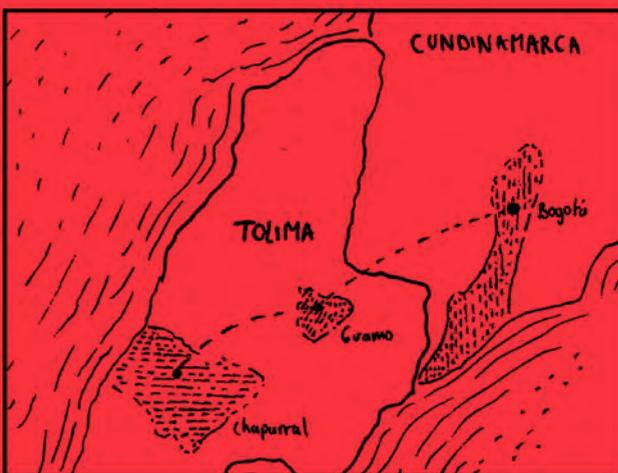
Nuestra casa quedaba cerca a la alcaldía, veíamos pasar todos los heridos o muertos que traía el ejército cuando peleaba con la guerrilla.



Pero entre todos los recuerdos hay uno que todavía le produce angustia... había una mula de carga, y un caballo con costales que escurrián sangre.



El Ejército no trajo seguridad a los ya aterrorizados habitantes del pueblo; por el contrario, fueron fuente de violencia y despojo. De eso fue testigo la familia Jácome Echandía.



Nos fuimos en un carro pequeño... nos fuimos al Guamo, donde estaba mi abuelo que también había escapado.

Cecilia Alvira de Robles me recibe en su hogar. A sus 83 años conserva una lucidez extraordinaria. Permanece sentada la mayor parte del tiempo, acompañada siempre por una bala de oxígeno. Mantiene la mirada viva y es cautelosa al momento de hablar. En su cuarto la acompañan las fotografías de sus hijos, un radio, un celular, el televisor y algunos medicamentos para la osteoporosis. Su hijo Juan Manuel y su nieta Laura Muñoz, viven con ella.

Cecilia es la mayor de 8 hijos. Nació en Chaparral, Tolima, el 17 de febrero de 1937. Sus padres, Ignacio Alvira Jácome y Cecilia Echandía de Alvira, fueron hacendados del pueblo. Cultivaban café y tenían ganado en la finca “El Limón”. Su papá era de ideología liberal, era “collarejo”. Y aunque las personas usarán prendas rojas para identificarse de ese partido entre la población, él nunca portó ese color. Tampoco lo puso en los vestidos de sus hijas, ni su esposa lo llevó. No era necesario, ya todos en el pueblos sabían e identificaban a quienes pertenecían a los godos y a los collajeros o liberales.

En su casa no se hablaba de política. Sin embargo, “mi papá iba a un café. El café central, que era el punto de encuentro de las personas como más...ricas del pueblo. Y ahí era dónde compartían no solo liberales, sino que se mezclaban con conservadores para debatir sobre la situación de la guerrilla y el comienzo de una época de violencia en Chaparral. Claro, “todo esto en completa discreción, pues el ejército estaba pendiente, los escuchaba”, cuenta Cecilia.

Por el año 48, se agudizaron los enfrentamientos entre la chusma, como le decían a la guerrilla, y el ejército. Cecilia recuerda que “las noches empezaron a ser angustiosas. Estábamos muertos de miedo. Y como nuestra casa era cerca a la alcaldía, veíamos pasar todos los heridos o muertos que traía el ejército cuando peleaba con la guerrilla en la vereda Las Hermosas”.

La violencia se fue recrudeciendo. Sus abuelos y su tía decidieron ser de los primeros en irse al Guamo-Tolima, (actualmente a una distancia de 1 hora y 30 minutos en automóvil desde Chaparral), a causa de las amenazas que su tía había recibido, y la quema total del cultivo de café que tenían sus abuelos.

Posteriormente empezaron los toques de queda, casi todos los días a diferentes horas. El periódico no volvió a llegar al pueblo. Para comprar una libra de sal tenían que hacer horas de fila para que el ejército se los vendiera. La angustia creció cuando tras robarse las reses de su padre quemaron la finca.

Pero entre todos los recuerdos hay uno que todavía le produce angustia; narrarlo implica un viaje a sus 10 años. “golpeaban la puerta muy fuerte. Se levantó mi papá y mi mamá fue detrás. Y cuándo él se asomó por una de las ventanas de la puerta hizo una cara de terror y dijo — ¡qué es esto! —. Pero no podía abrir porque estábamos en toque de queda y el ejército lo podía matar. A eso de las 6 o 7 de la mañana, mis padres salieron. Y había una mula de carga, y un caballo con costales que escurrían sangre. Mi papá se acercó y vio que a su mayordomo lo habían matado. Lo picó la guerrilla. Era tenaz. La vida de nosotros fue muy angustiante”.

En medio de los enfrentamientos, los primeros en irse de Chaparral fueron llas personas ricas, aquellos que en otro municipio tendrían cómo empezar de nuevo. Las familias Vidales, Londoño, Madrid, Echandía, son las que Cecilia vio marcharse en medio de la incertidumbre que producía La Violencia, y el miedo de que los godos se fueran a tomar el pueblo.

Pero eso nunca pasó. Porque los que desde el año 1952 empezaron a apoderarse del lugar fueron los hombres del ejército. “Cerraron las dos escuelas públicas y lo convirtieron en comando. Chaparral ya estaba completamente militarizado”, relata Cecilia.

El Ejército no trajo seguridad a los ya aterrorizados habitantes del pueblo; por el contrario, fueron fuente de violencia y despojo. De eso fue testigo la familia Jácome Echandía, víctimas de amenazas de un comandante Cuellar Velandia, según lo recuerda Cecilia, quien les ordenó desalojar la casa porque supuestamente corrían peligro. “Mi mamá cogía lo que había en los closets y las envolvía en sabanas. A mis hermanos y a mí no nos dejaron sacar nada, solo la ropa. Llorábamos porque

no podíamos llevarnos los juguetes. Y nos fuimos en un carro pequeño. Imagínate todos en ese carro junto con lo que alcanzamos a llevar. Y nos fuimos al Guamo, donde estaba mi abuelo que también había escapado. Eso fue el ejército no la guerrilla”. Con el tiempo descubrieron que el ejército buscaba tomar posesión del predio para convertirlo en un centro de comando y vigilancia en el pueblo.

Cuando llegaron al Guamo, municipio del suroriente del departamento del Tolima, los recibieron muy bien, a pesar de ser un territorio de conservadores. Nunca tuvieron señalamientos o conflictos por ser del otro bando: de los liberales. El padre de Cecilia continuó en la agricultura y la ganadería. Enviaba 20 mulas cargadas de café para Girardot. Su madre seguía pendiente de las labores del hogar y el cuidado de los hijos. Y Cecilia, junto con sus hermanas, estuvieron con su familia en una casa cerca al pueblo hasta que su padre las envió al colegio María Auxiliadora en Bogotá y “ahí la vida cambió por completo”.

Cecilia nunca volvió a Chaparral. Y cuando pudo votar a sus 21 años, lo hizo por un candidato del partido rojo. “Aunque ya eso no es como antes, ya los partidos liberales y conservadores se han ido acabando y ya no importa si uno tiene que votar por un godó”, manifiesta con resignación.

Una vez que La Violencia se detuvo por la consolidación del Frente Nacional, la madre de Cecilia recuperó la casa. El ejército se la entregó deteriorada. La familia, entonces, decidió venderla. Nunca identificaron quién había quemado los cultivos de café de su abuelo y su papá. Era mejor dejar así, no meterse en problemas. Fue más fácil para ellos irse, olvidar, estudiar, casarse, tener hijos y vivir una vida lejos de uno de los capítulos más dolorosos de la historia del Tolima.



La tierra fue un botín de la Violencia. Era el botín del que ganaba transitoriamente y lograba matar a otra gente. En la época de la Violencia hubo lo que se llama un colapso parcial del Estado durante todo ese tiempo. El Estado fue tomado por sorpresa por el despojo de tierras. Si el Estado no podía garantizar un orden mínimo, ni la vida de las personas, ni los bienes de las personas, era impensable que el Estado pudiera defender fincas. Además, la estructura de propiedad era una estructura concentrada, monopolizada. Grandes élites dueñas de la tierra en casi todo el país”.

Alejandro Reyes, abogado y sociólogo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

La imagen de la tierra se extravía con la de la familia

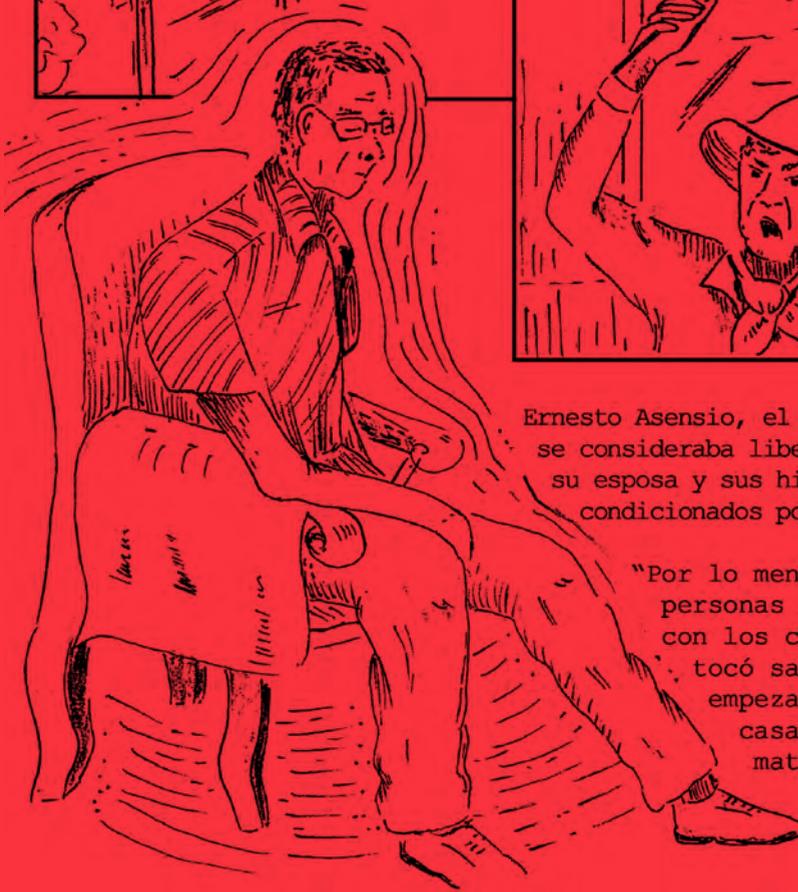
Carlos Antonio Mayorga Alejo



Llegamos a una casa de fachada de ladrillo, rejas en forma de diamante y puertas blancas de metal. Nos abrió Adonai... Adonai abraza y besa a su hijo, me saluda y camina hacia adentro de la casa, haciendo señas para que siguiéramos.

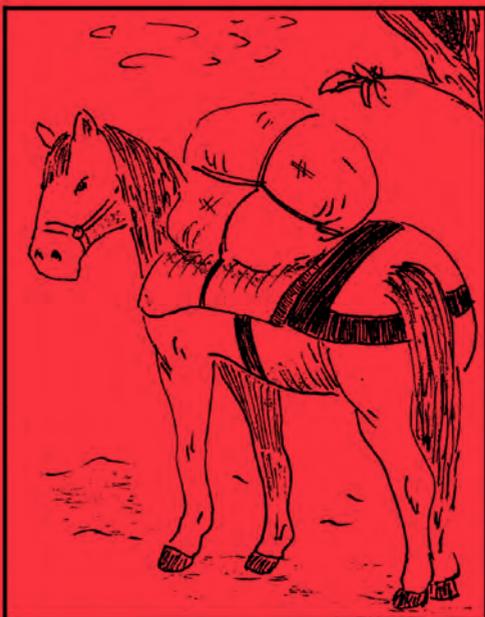


Aparece la esposa de Adonai, María del Tránsito Rodríguez. Toma a su hijo en sus brazos, lo rodea. Un abrazo largo con las frentes puestas una contra la otra.



Ernesto Asensio, el padre de Adonai, se consideraba liberal y por tanto su esposa y sus hijos estaban condicionados por la bandera roja.

"Por lo menos la mayoría de personas que colindábamos con los conservadores nos tocó salirnos porque empezaron a quemar las casas y meterse a matarnos".



La familia Asencio Lozano había entrenado al 'macho', el caballo de la familia, para que llegara solo a la casa del solar, con la recolecta de la jornada.

Pero aquel día, el caballo llegó sin la carga de café que Elvira esperaba.



"Mi mamá, en el mismo caballo se fue que a buscar el café y subió por la misma cordillera de la finca... Fue a una finca grandísima de la que bajaban diez o veinte mulas llenas de café para Ortega. Entonces ella, pues, se imaginó que de pronto habían sido ellos los que le habían quitado el café al macho.



"Y cayó ella con uno de mis hermanos, pero él no murió. Él se hizo el muerto ahí hasta que se acabó el tiroteo".

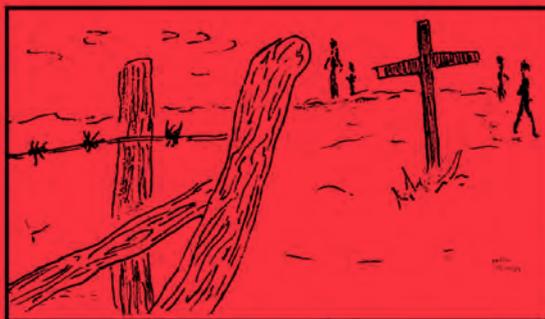
Quien sobrevivió fue Ernesto, el hermano mayor de Adonai. Cuando pudo tomó camino para avisarle al resto de la familia lo que había ocurrido.

A Adonai lo llevaron a ver el cuerpo de su madre. Elvira Lozano tenía un disparo fulminante en la sien.



Adonai recuerda el potrero en donde enterraron a su mamá.

A partir de ese hecho, la familia empezó a separarse.



Una mañana de 1954, cuya fecha exacta Adonai no recuerda, transcurría rutinariamente para el matrimonio de Ernesto Asencio Méndez y Elvira Lozano, y sus ocho hijos. La familia de Adonai se alistaba para iniciar la jornada laboral, en la Mesa Ortega, Tolima.

Los hijos mayores, como era costumbre, salieron a trabajar con Ernesto a las tierras de Alto de La Estrella para cultivar en la finca familiar. Adonai era el hijo menor y junto a sus otros hermanos se quedó en la casa del solar con su mamá, aquel, el último día de vida de Elvira Lozano; lo recuerda hoy, 65 años después, sentado en una silla de cuerina roja, en su casa ubicada en el barrio Timiza, en la localidad de Kennedy de Bogotá.

* * *

Llegué a esa casa el último sábado del mes de mayo de 2019. Fue un día de pocas nubes y mucho viento en Bogotá. Nelson Enrique, el único hijo de Adonai, me llevaba por las calles de Timiza, junto a Lina Ascencio de 19 años, la menor de sus hijos. Nelson tiene 44 años, es ingeniero electrónico y trabaja haciendo mantenimiento de equipos. Mientras caminábamos, hablaba de que somos muchos en esta ciudad, y cómo las urbanizaciones de pisos altos estaban empezando a hacer presencia en esta zona de la capital.

Llegamos a una casa de fachada de ladrillo, rejas en forma de diamante y puertas blancas de metal. Nos abrió Adonai. De su padre, Nelson tiene el color de los ojos: negros. También la nariz pequeña y la boca fina. Adonai abraza y besa a su hijo, me saluda y camina hacia adentro de la casa, haciendo señas para que sigamos.

La casa huele a acelga. Entramos por el parqueadero. Hay unos cultivos y una considerable presencia de plantas colgantes, saberes heredados de una vida agraria. Desnudas, algunas paredes saludan con sus regulares cuerpos de ladrillo. Otras, coloreadas de verde menta. Ocupando el espacio está el carro de Adonai, un Chevrolet vinotinto.

La sala y el comedor son dos cuartos separados. Los muebles y las decoraciones hablan del ayer. En la cocina suena el inconfundible sonido de una olla express y tras este aparece la esposa de Adonai, María del Tránsito Rodríguez. A sus 65 años, viste con una camisa blanca con flores vinotinto. Toma a su hijo en sus brazos, lo rodea. Un abrazo largo con las frentes puestas una contra la otra.

“Realmente fue ya cuando yo estaba mayor que ellos comenzaron a contarme lo que habían vivido... y no tanto a contarme sino de pronto a contarle a terceros que llegaban a preguntarles cosas y ellos iban comenzando a contar su historia. Como estaba ahí, yo me iba enterando de lo que pasaba”, me confesó Nelson sobre los hechos de la Violencia que padecieron sus padres.

Hay un desconocimiento en la familia de Nelson sobre esa historia. Cuando se pone a pensar sobre la vida de sus papás hay vacíos. De eso nunca se habló de forma concreta. Después de todo ya ha pasado más de cincuenta años.

“Y ahí ¿cómo le comienzo a comentar?” me pregunta Adonai refiriéndose a cómo íbamos a hacer para que él pudiera contarme la historia de despojo de su familia.

A mediados del siglo XX en Colombia, el ambiente bipartidista era asfixiante. Con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán los partidistas liberales emprenden revueltas, principalmente en los Llanos Orientales y la zona Andina, situación que provocó la respuesta armada de los conservadores.

Como lo expresa la antropóloga e historiadora María Victoria Uribe, en su obra *Matar, rematar y contramatar*. Las masacres de La Violencia en Tolima 1948-1964, el departamento del Tolima fue uno de los más azotados por la llamada época de La Violencia. Pero cuando se reconoce al Tolima como uno de los territorios más afectados, se hace énfasis en las particularidades del desarrollo del campo colombiano para la época. David Bushnell, en Colombia una nación a pesar de sí misma, explica estas dinámicas de violencia y de confrontaciones entre

campesinos de los dos partidos políticos, por las precarias condiciones sociales y económicas del campo, haciendo manipulable la disputa por medio de odios heredados o infundados.

Adonai no sabe cómo se conocieron sus papás. Hubo un tiempo en el que la familia Asencio Lozano vivía junta en su finca en Altos de la Estrella en el Tolima, sin embargo, la memoria de la familia Asencio Lozano se fracturó junto a la unidad de sus miembros. Como muchas familias en la mitad del siglo pasado, se vieron afectados por el ambiente hostil entre conservadores y liberales. Ernesto Asencio, el padre de Adonai, se consideraba liberal y por tanto su esposa y sus hijos estaban condicionados por la bandera roja.

Colindantes a los Asencio, por el territorio, se extendían banderas rojas y azules bajo la guardia de otras familias. Por eso mucha gente empezó a armarse. Adonai relata que: “Por si llegaba alguien a matarnos teníamos esas armas para defendernos. Pero siempre salimos corriendo, porque nos tocó irnos de la finca. Comenzaron a perseguirnos, a sacarnos. Por lo menos la mayoría de personas que colindábamos con los conservadores nos tocó salirnos porque empezaron a quemar las casas y meterse a matarnos, sí, a... a sacarnos corriendo. Entonces fue por eso que fuimos a dar a la Mesa de Ortega”.

No tiene claro cómo su padre compró la casa con solar en La Mesa Ortega, Tolima. Adonai cree que Ernesto disponía de algunos ahorros. Así, junto a sus papás y sus siete hermanos — Bernarda, Delmira, Ernesto, Abraham, David, Olinda y Elvira — Adonai viviría en la casa del solar, y todos los días se desplazarían hasta Altos de la estrella para trabajar la tierra de la finca. “Siempre mi papá y mis hermanos iban a traer las cosas de allá, sino que no se podía vivir en la finca porque los amenazaron con que los mataban”.

En estas condiciones, en 1954, Ernesto Asencio y los hijos mayores trabajaban en la finca. Adonai, por ser el hijo menor, se quedaba con su madre en la casa del solar, en la que se trabajaba con los que la finca producía: papa, café o lo que hubiese dado cosecha. De esos años, Adonai tiene muy vagos recuerdos porque tenía entre 5 o 6 años.

Le pregunto por su mamá. Recoge la boca y tensa el cuello para los lados: “De mi mamá, nada. Lo único que me acuerdo fue el día que la mataron, que me llevaron

a mí... a mirarla. Es lo único que yo me acuerdo de ella. Yo no recuerdo que ella me haya alzado, me haya dado un pico, un abrazo. Nada.”

Ese día, su papá, Ernesto Asencio, recogía los frutos de la finca (café, plátano o yuca) con ayuda de sus hijos Abraham, Ernesto, David, Bernarda y Delmira. Adonai calcula que desde la casa en La Mesa Ortega hasta la finca se tardaba de dos a tres horas a pie. Como el trayecto era largo, la familia Asencio Lozano había entrenado al ‘macho’, el caballo de la familia, para que llegara solo a la casa del solar, con la recolecta de la jornada. Pero aquel día, el caballo llegó sin la carga de café que Elvira esperaba.

“Ese fue el motivo de la muerte de mi mamá, porque mi mamá en el mismo caballo se fue que a buscar el café, y subió por la misma cordillera de la finca. Pero más arriba, la finca era... es en el Alto de la Estrella, y ella fue a Los Naranjos, me parece. Fue a una finca grandísima de la que bajaban diez o veinte mulas llenas de café para Ortega. Entonces ella, pues, se imaginó que de pronto habían sido ellos los que le habían quitado el café al macho. Ella se fue en la madrugada. Ya bajaba como a las 9 o 10 de la mañana, estaba puesto un retén, los... los... pues no sé cuáles serían, si serían los liberales o los conservadores en el camino, entonces al que iba pasando lo mataban. Y cayó ella con uno de mis hermanos, pero él no murió. Él se hizo el muerto ahí hasta que se acabó el tiroteo”.

Quien sobrevivió fue Ernesto, el hermano mayor de Adonai. Cuando pudo tomó camino para avisarle al resto de la familia lo que había ocurrido. “Ese día que la mataron nos subió la policía o el ejército a mirar si había heridos para recogerlos”, recuerda Adonai.

Aunque los hechos ocurrieron en horas de la mañana, las autoridades solo llegaron hasta la noche, como era común en la época. A Adonai lo llevaron a ver el cuerpo de su madre. Elvira Lozano tenía un disparo fulminante en la sien. “Mi mamá, pues, estaba ahí. Ya sabíamos porque el hermano herido ya había llegado a la casa. Ahí murieron como 15 o 20 personas, eso fue una cantidad”. Adonai recuerda el potrero en donde enterraron a su mamá, y la cruz grande que le pusieron en la tumba; grande para la estatura infantil que entonces tenía.

A partir de ese hecho, la familia empezó a separarse. Algunas de las hermanas de Adonai se fueron a trabajar en los pueblos, y algunos de los hermanos se

desplazaron a otros departamentos para seguir trabajando en el campo. Bernarda, David y Adonai siguieron viviendo con su papá en la casa del solar. Meses después, Ernesto vuelve a trabajar en la finca que había sido aprovechada, como dice Adonai, por gente “mala clase” que se robaba las cosas. Pero Adonai nunca más volvió a esa, la finca de su familia. Se alejó siendo muy joven de su padre.

Hoy no tiene contacto con muchos de sus hermanos. Hace algunos años se enteró que Bernarda, su hermana mayor, estaba viviendo en aquella finca con su hijo Roque. Eso es lo que sabía Adonai hasta hace cinco años. Hoy no está informado de si realmente alguien está en la finca y, según dice, no se ha interesado por averiguarlo, pues teme revolcar aquel pasado. Le preocupa que después de tantos años aparezca algo que nuevamente ponga en juego la tranquilidad y seguridad de la que hoy gozan, allí, sentado, junto a su familia, en la sala de su casa en la capital.

Siempre escapar

Valeria Arias



Trabajaban la tierra,
ordeñaban vacas, molían
caña, sacaban panela y
todos los viernes por
la noche iban a misa -
a encomendarse a María.



Desde el año 1948, cuando se recrudeció la violencia en Colombia, Nepomuceno empezó a recibir amenazas por parte de la guerrilla liberal.



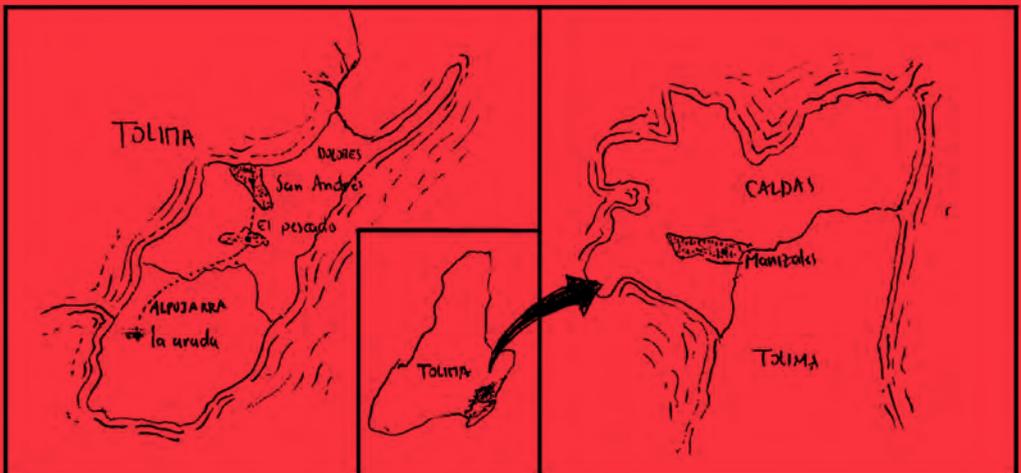
se largan o les
hechamos candela
en la casa



Las constantes intimidaciones e intentos de asesinato al padre conservador forzaron a la familia a poner en venta la finca...



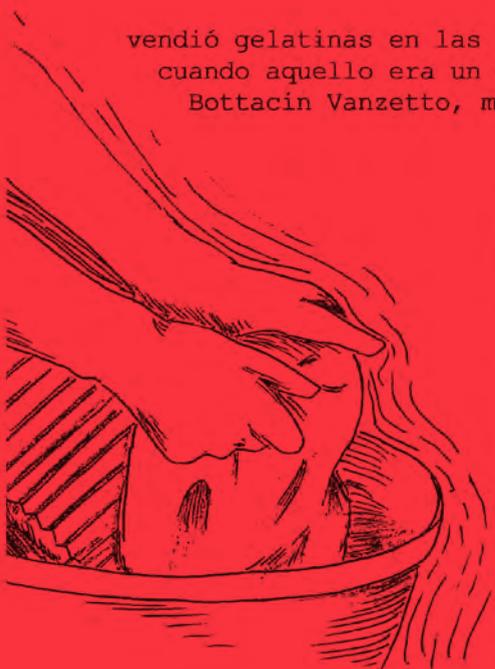
Una noche algún vecino le avisó que unos liberales se habían tomado las veredas aledañas a San Andrés. No tuvo más opción que huir con su hijo en brazos; la siguieron sus padres, su esposo y los suegros. Corrieron mucho, y cuando las fuerzas se agotaron decidieron esconderse bajo las ramas de un cafetal.



Pero a los ocho meses, aproximadamente, de habitar en la capital de Caldas, Luis Felipe, el esposo de Tomasa, murió en un accidente que tuvo un bus de la empresa de transportes Arauca en el que él viajaba.



Tomasa, que entonces, estaba en embarazo, no se dejó vencer... vendió gelatinas en las calles; fue lavandera de ropa, cuando aquello era un oficio. También cuidó del padre Bottacin Vanzetto, misionero de La Consolata.



“A las once de la noche llegó un liberal a decirnos que nos teníamos que ir. Que nos iban a matar”, cuenta con voz nostálgica Tomasa Pacheco. Tiene 86 años y actualmente vive en Manizales, Caldas, ciudad a la que llegó huyendo de los años más difíciles de La Violencia.

* * *

Nació en San Andrés, una vereda del Tolima, de donde tuvo que escapar a los 27 años junto a su esposo y un hijo de 7 meses. En la finca familiar vivían 12 personas, entre ellos, los papás de Tomasa: Nepomuceno Pacheco y Valentina Pacheco. Trabajaban la tierra, ordeñaban vacas, molían caña, sacaban panela e iban a misa a encomendarse a María, todos los viernes por la noche.

Desde el año 1948, cuando se recrudeció la violencia en Colombia, Nepomuceno empezó a recibir amenazas por parte de la guerrilla liberal, pues él se había identificado ideológicamente con el Partido Conservador Colombiano. “Nos decían que nos teníamos que ir, que nos iban a matar, que nos iban a echar candela dentro de las casas”, asegura Tomasa.

Las constantes intimidaciones e intentos de asesinato al padre conservador forzaron a la familia a poner en venta la finca, que hoy estaría valorada en unos 50 millones de pesos, según cálculos de Tomasa. Pero el afán de venderla y salir corriendo a causa de tanta violencia, los obligó a cerrar un negocio con una suma irrisoria, narra con indignación.

Así como ellos, muchos otros en la región, cuenta Tomasa, tuvieron que huir de sus fincas a causa de la coacción de las guerrillas, con unos pocos pesos en sus

bolsillos: otros vendían las parcelas a precios muy bajos; lo único que querían era salvar la vida.

La memoria de Tomasa salta al año 1951. Tomasa recuerda que una noche algún vecino le avisó que unos liberales se habían tomado las veredas aledañas a San Andrés. No tuvo más opción que huir con su hijo en brazos; la siguieron sus padres, su esposo y los suegros. Corrieron mucho, y cuando las fuerzas se agotaron decidieron esconderse bajo las ramas de un cafetal.

En la madrugada, cuando se sintieron seguros, emprendieron el camino. “Mis papás y mis suegros cogieron para un lado, mis hermanos para otro. Todos nos dispersamos asustados”, relata con contundencia.

Llegaron a la vereda El Pescado. De los días que vivió allí recuerda que los comandantes del ejército les enseñaban a los civiles a empuñar y disparar un arma, para protegerse de las guerrillas liberales, que cada vez más recrudescían el panorama con sanguinarias tomas en municipios y veredas de la zona. Pero la vida en esta vereda tampoco fue larga, porque de ahí también debieron huir por su condición conservadora.

El nuevo destino fue el poblado de La Arada, en el departamento del Tolima. Pensaron que habían encontrado la paz. Pero en 1963 debieron huir porque, nuevamente eran perseguidos por ser conservadores. Cansados de los años de violencia en el Tolima, decidieron llegar a Manizales, una ciudad que parecía más tranquila para criar a los ocho hijos que ya los acompañaban.

Aproximadamente ocho meses después de habitar en la capital de Caldas, Luis Felipe, el esposo de Tomasa, murió en un accidente que tuvo un bus de la empresa de transportes Arauca en el que él viajaba.

Tomasa, que entonces, estaba en embarazo, no se dejó vencer. Si había logrado sobrevivir a la Violencia, lo haría ahora por sus hijos. Vendió gelatinas en las calles; fue lavandera de ropa, cuando aquello era un oficio. También cuidó del padre Bottacin Vanzetto, misionero de La Consolata que trabajaba para beneficiar a la comunidad del barrio Fátima de Manizales. Finalmente encontró un trabajo en la Licorera de Caldas, en el que permaneció por 20 años, que se pensionó, hace 34 años. “Yo vivo pobremente pero con todo el corazón, contenta y feliz”, afirma

la mujer después de recordar lo que tuvo que perecer para ganarle la batalla a la Violencia y la muerte.

A la pregunta de si volvió a su Tolima natal responde con nostalgia: “No voy muy seguido. He vuelto de visita, pero me duele volver, porque me acuerdo de ese miedo, esa angustia que nos hizo salir corriendo. Yo considero que el Gobierno a uno debería reconocerle algo de todo lo que uno perdió, como una ayudita, pero a mí jamás me han reconocido nada”. Su voz representa la de tantos campesinos que en Colombia se vieron obligados una y otra vez a dejar sus tierras, por la persecución de la que eran víctimas por cuenta de sus ideologías políticas.

Tomasa cuenta con orgullo que la han visitado varios medios de comunicación, todos en busca de su historia en la Licorera de Caldas o de su importante papel por haber ayudado al padre Bottacin. Le han hecho entrevistas y hasta le han dado menciones, por su papel en la ciudad de Manizales.

Sin embargo, nunca habían ahondado en su historia pasada, la tragedia detrás de sus brillosos ojos cafés, la que la ha hecho migrar y migrar, hasta arribar en aquella ciudad del eje cafetero, la que le causa dolor hasta hoy pero que le da fuerza para hablar con una voz que emana orgullo y persistencia. Es inevitable pensar una gran cantidad de virtudes después de escuchar la vorágine que Tomasa Pacheco narra con sus delgados y pálidos labios: pero sin duda una de ellas me ha quedado retumbando en mi mente después de todo... resiliencia.



Los despojadores fueron o bien hacendados o finqueros más fuertes, más ricos. Si eran conservadores despojaban a los liberales, si eran liberales despojaban a los conservadores. También muchos mayordomos de fincas en vista de que sus dueños no podían volver a sus fincas se quedaban con sus fincas. Muchos mayordomos que trabajan para sus patrones se volvieron patrones”.

Alejandro Reyes, abogado y sociólogo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

Escapar hacia el páramo con los pies descalzos

Felipe Morales R.





La cotidianidad de la mujer se fracturó cuando su casa fue incendiada por los conservadores...

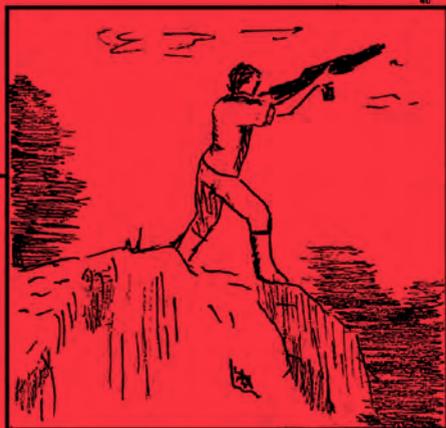
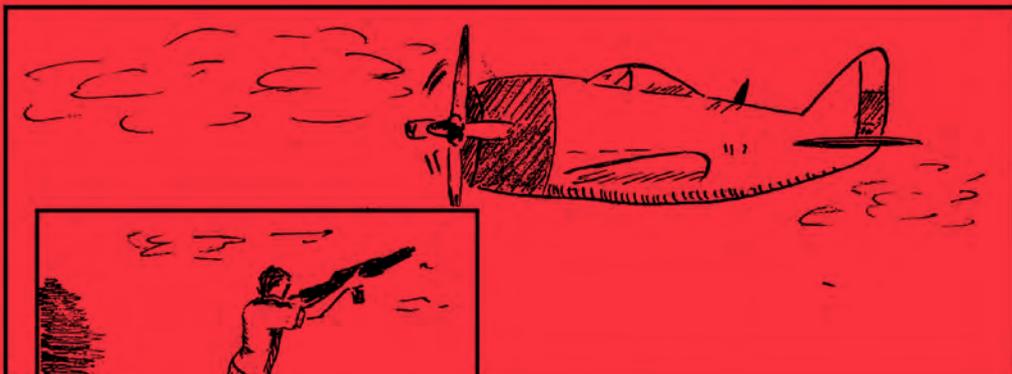
"Llegaron los tombo asquerosos, y gritaron 'se largan o se mueren'".



Los conservadores quemaron todas las casas que pudieron de la vereda de Rechíniga. Incluso al dueño de la tierra en el que la familia de Dioselina trabajaba, que era también conservador.

La familia de Dioselina debió refugiarse en la cueva de una peña, y posteriormente movilizarse a La Salina, en el municipio de Chita, Boyacá. Por más de 120 kilómetros caminaron con los pies descalzos, durmiendo bajo frailejones o junto a las piedras.





Una mañana fueron atacados por un avión que quería bombardearlos. Un amigo de la familia, Leonidas, les dijo que subieran a la peña y con un arma disparó al motor para que se cayera.

Dioselina transitó por muchos caminos en los páramos... En una ocasión, llegó hasta Cerrito - Santander. Allí, hubo terribles tiroteos.

Un día se supo de una tentativa de ataque hacia El Cote: "Mandaron al muchachito de doña Anita: ¡vaya de la razón!. Lo vieron ir y le dieron plomo a ese niño, bombas cuanto pudieron y no le hicieron nada", recuerda enérgicamente.



"Una tarde, llevando de comer a un marrano, vi una cabeza de gato sobre una piedra. ¿Gatos por aquí? si por aquí no hay gatos... Cuando yo venía de pacá', me apareció un sacerdote vestido como cuando va a dar la misa y llevaba un cáliz en la mano. Se me acercó cerquita y juemadre, yo salí corriendo.



"Cuando nos devolvimos a Cerrito... Recuerda que llegó la policía y los amarraron a todos a una columna. Los agentes llevaban gasolina para prenderles fuego.

En ese momento, se tomó el poder Gustavo Rojas Pinilla.

"Entonces quedamos amarrados a la columna y un policía se devolvió...soltó la cabuya y todos se fueron"



Dioselina Alarcón fue desterrada de Rechíniga, Boyacá, a sus 14 años debido a la violencia bipartidista de la época.

Nació en 1935 en la región del Cocuy, exactamente en el municipio de Chiscas, Boyacá. Lo que más recuerda de su niñez es su vida en el campo hilando lana y sembrando papa, habas y cebolla, porque no había más; también rememora, cuando caía lluvia, o mota, como llama a las heladas, y debía meter a las ovejas a la casa para que no murieran emparamadas.

Boyacá se caracterizó en la época de la Violencia por ser mayoritariamente conservadora, sobre todo, en municipios como Chiquinquirá, Briceño y Saboyá; incluso, en estos municipios se originaron los primeros grupos armados conservadores. Mientras tanto, en zonas como el Cocuy, Chiscas y Chita, se dio la aparición de bandos de campesinos que tomaron las armas en defensa del liberalismo.

En 1949, cuando Dioselina tenía 14 años, vivía de la aparcería junto a su familia. Los dejaban sembrar en un terreno ajeno, y luego se repartían la cosecha con el propietario de la finca. La vida parecía suave.

Pero la cotidianidad de la mujer se fracturó cuando su casa fue incendiada por los conservadores. No fue la única vivienda, ese día los conservadores quemaron todas las casas que pudieron de la vereda de Rechíniga. Incluso al dueño de la tierra en el que la familia de Dioselina trabajaba, que era también conservador, le quemaron sus propiedades.

“Llegaron los tombos asquerosos, y gritaron ‘se largan o se mueren’. Mataban al hombre si lo pescaban, a las mujeres embarazadas les rajaban el estómago y les sacaban los niños”, recuerda con un poco de amargura, pero sin rencor, Dioselina.

La población de cuatro veredas huyó. La familia de Dioselina debió refugiarse en la cueva de una peña, y posteriormente movilizarse a La Salina, en el municipio de Chita, Boyacá. Por más de 120 kilómetros caminaron con los pies descalzos, durmiendo bajo frailejones o junto a las piedras.

Llegaron a La Salina donde un familiar que “de milagro no habían matado”, resalta la mujer, pero su hijo había sido asesinado por tener una bufanda roja: “Nunca abrió su manita por más que lo machetaron, porque era muy liberal...”.

Recuerda que una mañana fueron atacados por un avión que quería bombardearlos. Un amigo de la familia, Leonidas, les dijo que subieran a la peña y con un arma disparó al motor para que se cayera. Aún así, la bomba cumplió su cometido y acabó con una casa llena de comida.

Dioselina transitó por muchos caminos en los páramos, a los que ella llama desiertos, alimentándose de blanquecino, frailejón y frutos de la montaña. En una ocasión, llegó hasta Cerrito - Santander. Allí, hubo terribles tiroteos. La mayoría de los habitantes del Cocuy, narra Dioselina, se fueron a un campo cercano llamado El Ciote, a una casa quinta con cinco casas alrededor y donde vivía una gran cantidad de gente.

Un día se supo de una tentativa de ataque hacia El Ciote: “Mandaron al muchachito de doña Anita: ¡vaya dele la razón!. Lo vieron ir y le dieron plomo a ese niño, bombas cuanto pudieron y no le hicieron nada”, recuerda enérgicamente. Aquel niño avisó sobre las tropas, y ese día “hubo matazón como el que mata moscos por parte de liberales a los policías, soldados y civiles”.

Aunque para los campesinos las creencias católicas siempre habían sido un pilar fundamental de su espiritualidad, la alianza que evidenciaron entre la Iglesia y los grupos conservadores hizo que perdieran la credibilidad de muchos liberales, Dioselina fue una de ellas.

Un día en la vereda de Rechíniga, durante un combate armado, hubo 150 muertos entre policía, ejército, civiles, y por desgracia para la reputación liberal, un sacerdote. Cinco años después la muerte del representante de la iglesia traería un problema para Dioselina, esta vez en Cóbbita, Boyacá.

La escena la relata Dioselina con una gran sonrisa en el rostro:

“Una tarde, llevando de comer a un marrano, vi una cabeza de gato sobre una piedra. ¿Gatos por aquí? si por aquí no hay gatos, en ese desierto que no había nadie, ¡qué gato! Cuando yo venía de pacá’, me apareció un sacerdote vestido como cuando va a dar la misa y llevaba un cáliz en la mano. Se me acercó cerquita y juemadre, yo salí corriendo, yo gritaba y gritaban detrás mío, maldecía y maldecían detrás mío, todo lo que yo hablaba, lo hablaban”.

Su madre la mandó a confesarse, y ella, con un miedo bárbaro a los curas, tuvo que ir sin compañía. Al llegar se acercó temerosa:

-Padrecito, es que se me apareció un sacerdote en el campo y llevaba un cáliz.

-El que mató su chusma, mi hermano el que mató su chusma.

El sacerdote preguntó insistentemente por el padre y los hermanos de Dioselina. Ella los negó, sólo aceptó la existencia de su hermana. El sacerdote la excomulgó y le quitó el derecho a ir a la Iglesia Católica por ser liberal.

“Bueno si no tengo derecho...a mí no me gustó nunca ser rezandera, entonces me fui. Pero cuando iba saliendo me llamó y me devolví. El cura me puso como penitencia ir por seis meses a la iglesia cada domingo y rezar cinco rosarios para poder salvar el alma de su hermano asesinado. Acepté. Pero pura mierda, yo que iba a rezar, yo nunca he sido rezandera, yo no quiero nada”, concluyó con picardía.

“Cuando nos devolvimos a Cerrito fue divertido” afirma Dioselina, quien se encontraba con la esposa de Gabino Moro, quien era entonces jefe liberal en la zona del Cocuy, y sus cinco hijos. Recuerda que llegó la policía y los amarraron a todos a una columna. Los agentes llevaban gasolina para prenderles fuego. En ese momento, se tomó el poder Gustavo Rojas Pinilla.

“¡Ay bendición de Dios! Entonces quedamos amarrados a la columna y un policía se devolvió, nos dejó los dos galones de gasolina, soltó la cabuya y todos se fueron”, concluye entre risas la veterana.

Según Dioselina, tras la subida de Rojas Pinilla al poder, los liberales que estaban encerrados en la cárcel del pueblo fueron asesinados y los conservadores huyeron. Los campesinos volvieron a respirar paz y libertad. Hubo trabajo de nuevo y no se hablaba de política “Ese fue, como dicen, el Dios de nosotros”, concluye la mujer.

Aunque había encontrado de nuevo un terreno para sembrar maíz, habas y papa, y ganaba bien, un peso por día, Dioselina no se sentía en su lugar. La cruel vida de la Violencia la hizo cambiar. Siempre recuerda cuando pasaba encima de los muertos mientras huía de su casa incendiada; la muerte de dos de sus tíos, un primo; las innumerables muertes de las que otros hablaban. Recuerda el hambre que aguantó, los tallos de romaza y los cogollos de frailejón que debió comer. También el tiempo que andaba descalza, con la misma ropa y sin poder bañarse, todo por huir de la muerte.

Con un poco de melancolía, Dioselina trae al presente sus recuerdos: “vivir uno cochino con sus ropitas, remendar el chiro con fique donde se rompió”, suspira.

Después de establecerse en Cómbita, se fueron a vivir a Bogotá, ciudad en la que cumple aproximadamente 60 años. Trabajó de empelada doméstica, aprendió a cocinar de todo; luego montó su propia miscelánea, tuvo un satélite de costura, aprendió tejido y telar.

Actualmente hace algunos tejidos por encargo. Hila lana de oveja que le mandan de Sibaté. Participa en programas de agricultura urbana en la ciudad y cuida de una huerta, en la terraza de su hogar, que construyó hace 55 años. Hoy Dioselina comparte con sus hijos y sus nietos, su marido ya murió. Transmite una fuerte energía cuando cuenta cada una de sus historias.



Uno hubiese esperado de un estado fuerte, que fuera el organizador de esas dinámicas. De hecho, una parte del Estado, de la institucionalidad hizo esfuerzos para arreglar eso, con la legislación agraria. El Estado no tenía una presencia independiente de los partidos, aparece como fuerza tremendamente fracturada. El Estado aparece sobre todo como agente permisivo, tolerante, demasiado dominado por el aparato partidista”.

Gonzalo Sánchez, doctor en sociología política,
exdirector Centro Nacional de Memoria Histórica.

“Huir para sobrevivir”

Jefferson Ramírez



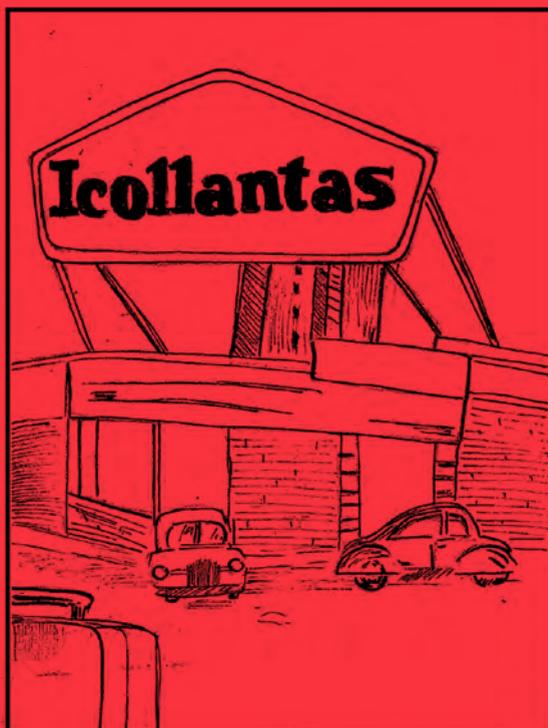


El niño creció en medio de precarias condiciones económicas, y durante aproximadamente 20 años fue el mandadero en su hogar.

Cansado de ser el encargado de realizar todos los mandados, decidió abandonar la finca y probar mejor suerte.



En 1945 logró establecerse en Icollantas, una empresa ubicada en Sibaté



SE VATICINA UNA TRAGEDIA

Segismundo Villarreal, amigo de la madre de Antonio, mandó a reunir a familiares y allegados para anunciarles una premonición que había tenido:

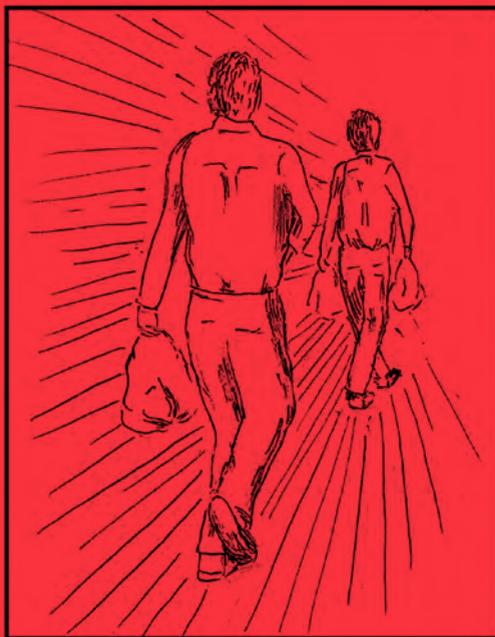
— Pasará algo trascendental en la historia del país. ¡Vengan!, vamos a rezar, pues soñé con langostas y el sol de los venados.





Dos meses después, el 9 de abril de 1948, a la una de la tarde, mientras Antonio Velasco mercaba en la Plaza España de Bogotá, en otro punto de la ciudad asesinaban a Gaitán.

Entonces, Antonio y un compañero de la empresa que lo acompañaba en la Plaza España se trasladaron a la casa de un conocido en el barrio San Bernardo, al sur de la ciudad.





Según Patricia Velasco Villarreal... muchas familias en Boyacá, en búsqueda de mayor seguridad y con la premisa de huir para sobrevivir, enviaron a los hombres al Nevado del Cocuy.

La abuela de Patricia, Ignacia Villarreal, se vio obligada a abandonar todas sus propiedades, su ganado, sus pertenencias para escapar al Nevado en compañía de su esposo.

NEVADO DEL COCUY





El 12 de abril alistaron el mercado en el carro, se escondieron dinero en las medias, en los calzoncillos, y se fueron rumbo a la fábrica en Sibaté.

En Soacha, un grupo de personas los detuvo... Los que los interceptaron utilizaban las pañoletas rojas únicamente para engañar, pues eran conservadores. Los dos empleados fueron bajados del vehículo.



¿Liberales o conservadores?

¡Liberales!, claro está



Los hombres que estaban en El Nevado del Cocuy, cansados de ver cómo los conservadores mataban indiscriminadamente a los Liberales decidieron que todos los hombres se desplazarían a Bogotá.

Se disfrazaron de monjas y, en compañía de madres superiores reales, se subieron a un camión y empezaron su travesía.



El barrio Las Ferias en Bogotá fue su destino. Allí Llegaron un domingo. Una vez dejaron a las verdaderas monjas en el convento.

Patricia Velasco Villarreal relata cómo sus padres, Antonio y Mercedes, fueron víctimas del despojo en la época de la Violencia, y cómo el destino los condujo al amor en una de las épocas más complejas del país.

* * *

Antonio Velasco, conocido por familiares y amigos como “el bobo”, nació en 1926 en El Espino, Boyacá. Fue fruto de una relación extramatrimonial de su madre, quien para evitarse problemas dejó al recién nacido en una finca para que lo criaran. Ella retornó al Cocuy.

El niño creció en medio de precarias condiciones económicas, y durante casi 20 años fue el mandadero en su hogar. Era blanco, de ojos verdes, cabello castaño y ondulado.

Un día, cansado de ser el encargado de realizar todos los mandados, decidió abandonar la finca y probar mejor suerte. Vivió en diferentes lugares mientras tenía trabajos pasajeros. Sin embargo, en 1945 logró establecerse en Icollantas, una empresa ubicada en Sibaté, municipio de Cundinamarca. La fábrica, además de proveerle un sustento económico, contaba con habitaciones en las que podían vivir sus trabajadores, opción que aprovechó.

Se vaticina una tragedia

1948. Cocuy, Boyacá. Esa mañana Segismundo Villarreal, amigo de la madre de Antonio, mandó a reunir a familiares y allegados para anunciarles una premonición que había tenido:

– Pasará algo trascendental en la historia del país. ¡Vengan!, vamos a rezar, pues soñé con langostas y el sol de los venados.

Las langostas, cuyo nombre científico es Acrididae, son pequeños insectos que se reproducen muy rápido y, en determinadas circunstancias, se convierten en devastadoras plagas. El sol de los venados es una expresión utilizada para referirse a los ocasos que tiñen el cielo de un color rojizo, parecido al fuego. Se conoce así porque después de las cuatro, justo cuando se pone la tarde, los venados que permanecían ocultos en el bosque salen a comer frutos y a pastar en las planicies.

Tres noches después de su predicción, Segismundo se acostó a dormir y jamás despertó. Según Patricia Velasco, descendiente de estas familias y quien brindó su testimonio para reconstruir esta historia, nunca se supo con exactitud de qué murió. Los integrantes de la familia Villarreal, Velasco, Tarazona y demás conocidos de él, posterior al vaticinio, empezaron a recolectar provisiones y a prepararse para lo peor.

El país en llamas

Dos meses después, el 9 de abril de 1948, a la una de la tarde, mientras Antonio Velasco mercaba en la Plaza España de Bogotá, en otro punto de la ciudad asesinaban a Gaitán, candidato presidencial del partido Liberal. El líder murió al recibir tres disparos: dos en la cabeza y uno en la espalda. El asesinato desencadenó uno de los hechos más sangrientos en la historia de Colombia: El Bogotazo.

“La confrontación política bipartidista se degradó a tal punto que las agrupaciones armadas cometieron masacres, actos violentos con sevicia, crímenes sexuales, despojo de bienes y otros hechos violentos con los cuales castigaban al adversario”, indica el Centro Nacional de Memoria Histórica en su informe Basta Ya.

La violencia que se desató en la capital aquel 9 de abril fue de tales proporciones que retornar a Sibaté fue imposible. Entonces, Antonio y un compañero de la empresa que lo acompañaba en la Plaza España se trasladaron a la casa de un conocido en el barrio San Bernardo, al sur de la ciudad. Les dieron hospedaje por tres días. No se pudieron contactar con nadie de la empresa para explicar su situación.

Al mismo tiempo, en El Cocuy se empezaban a ver las consecuencias del Bogotazo. Segismundo Villarreal, el clarividente que murió posterior a su predicción, tenía varios hermanos que sufrieron ese periodo sangriento de Colombia: Luisa Villarreal, Ignacia Villarreal, y José María Villareal fundador de los Chulavitas-grupo paramilitar conservador-.

Para escapar de la violencia, Luisa Villarreal, junto a su esposo Adrián Tarazona, y sus hijos, escaparon al Cerro del Mahoma, en Boyacá. De camino, los interceptaron simpatizantes del partido Conservador, y delante de Luisa y sus hijos asesinaron a Adrián.

Según Patricia Velasco Villarreal, ese suceso hizo que muchas familias en Boyacá, en búsqueda de mayor seguridad y con la premisa de huir para sobrevivir, enviaran a los hombres al Nevado del Cocuy.

La abuela de Patricia, Ignacia Villarreal, se vio obligada a abandonar todas sus propiedades, su ganado, sus pertenencias para escapar en compañía de su esposo al nevado.

Patricia recuerda que su padre, Antonio Velasco, toda la vida relataba que en el Cucuy, a las mujeres liberales que se encontraban embarazadas, las paraban desnudas en la plaza principal, les abrían las piernas y, con una horqueta como arma -parte del árbol donde se unen formando ángulo agudo el tronco y una rama medianamente gruesa- las penetraban hasta matar a sus bebés.

Víctimas de “La Violencia”

Antonio y su compañero recordarían que cada vez que se asomaban por la ventana, en la casa en la que los albergaron, veían cadáveres tirados en las calles.

Esperaron a que se calmara la ola de violencia en Bogotá. Y aunque las condiciones de orden público eran difíciles, el 12 de abril alistaron el mercado en el carro, se escondieron dinero en las medias, en los calzoncillos, y se fueron rumbo a la fábrica en Sibaté.

La ciudad era territorio de guerra: liberales y conservadores estaban enfrascados en una lucha sin control. En Soacha, un grupo de personas los detuvo y les preguntó:

– ¿Liberales o conservadores?

Sudando frío y con la voz entrecortada Antonio, al ver que todos ellos tenían amarrada una pañoleta roja en su brazo, respondió:

– ¡Liberales!, claro está.

El joven Velasco y su compañero cayeron en la trampa. Los que los interceptaron utilizaban las pañoletas rojas únicamente para engañar, pues eran conservadores. Los dos empleados fueron bajados del vehículo. Una vez fuera de él, los empezaron a golpear y les hurtaron sus pertenencias. Al carro de la empresa le prendieron fuego.

Al percibir el alboroto de la golpiza y al ver el carro ardiendo, algunos liberales de la zona decidieron unirse a la batalla e ir a hacerle frente a los conservadores. Mientras azules y rojos peleaban en mitad de la vía, Antonio y su compañero lograron escapar. A pesar de estar bastante adoloridos, corrieron hasta llegar a la fábrica.

Pasados unos meses, los dueños de Icollantas decidieron cerrar la fábrica de Sibaté debido a las matanzas y a la inseguridad que se vivía por las disputas entre conservadores y liberales. Antonio perdió su trabajo y su vivienda. No tuvo más opción que salir de Sibaté rumbo a Bogotá, en búsqueda de nuevas oportunidades laborales.

En la capital, para sobrevivir, trabajó como jardinero y domiciliario, entre otros. Un día conoció a la señora Anita, quien le arrendó una casa grande en el barrio San Bernardo.

Desplazados a la ciudad

Mercedes Villarreal -hija de Ignacia Villarreal- le contaba a su hija Patricia Velasco que en 1949, los hombres que estaban en El Nevado del Cocuy, cansados de ver

cómo los conservadores mataban indiscriminadamente a los liberales, y dado que la mayoría de ellos eran del partido rojo, decidieron que todos los hombres se desplazarían a Bogotá e intentarían comenzar de cero.

Ellos les prometieron a las mujeres del Nevado que una vez lograran estabilidad en la capital, harían hasta lo imposible por reencontrarse con ellas. Los hombres de las familias Velasco, Villarreal y Tarazona crearon un plan para escapar a Bogotá sin morir en el intento. En el camino había muchos conservadores, por lo que decidieron disfrazarse de monjas y, en compañía de madres superiores reales -hermanas religiosas-, se subieron a un camión y empezaron su travesía.

El barrio Las Ferias en Bogotá fue su destino. Allí Llegaron un domingo. Una vez dejaron a las verdaderas monjas en el convento, y dado que ellas no quisieron darles hospedaje, empezaron a caminar por Bogotá mientras se preguntaban unos a otros sobre qué harían ahora. Justo en ese momento, uno de ellos exclamó:

– ¿Ese no es el bobo Antonio?

Ellos distinguían a Antonio Velasco.

Antonio se alegró al verlos y les dio posada a todos en la casa de la señora Anita. La dueña de la vivienda no puso problema y los dejó a vivir allí.

En 1950, mientras leía el periódico, el esposo de Anita se enteró que Icollantas volvería a entrar en funcionamiento. De inmediato, le transmitió la información a Antonio para que fuera a la fábrica en búsqueda de empleo.

Gracias al buen trabajo que había realizado en su primer ciclo en la empresa, no solo lo contrataron a él, sino que también a sus familiares y conocidos de las familias Villarreal, Velasco y Tarazona. La situación económica de todos mejoró.

En el Cocuy las muertes no cesaban. Al poco tiempo, las mujeres que aún se encontraban allí, atemorizadas por tanta violencia, decidieron abandonar sus tierras y viajar a Bogotá, comenta Patricia.

Una de las mujeres que también llegó a vivir a la capital fue la hija de Ignacia Villarreal, Mercedes Villarreal. Tenía 14 años, era delgada y de piel morena.

Antonio y Mercedes se enamoraron. Y en 1957, un año antes de que finalizaran los confrontamientos entre liberales y conservadores, gracias al acuerdo Frente Nacional, contrajeron matrimonio.

Fruto de esa relación nacieron tres hijos: Marleny, Arturo y, quien brindó su testimonio para esta crónica, Patricia Velasco Villarreal.



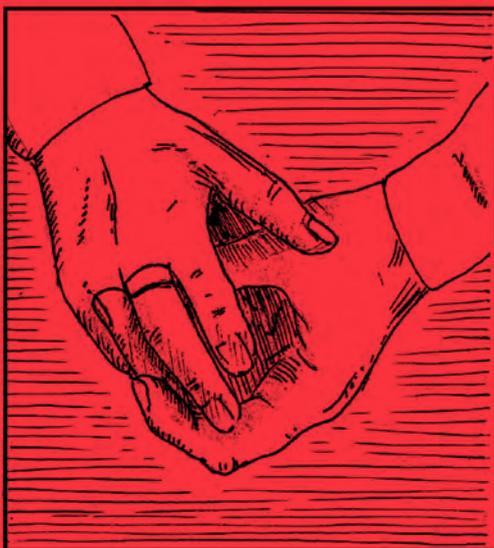
Uno puede ver la violencia como la reafirmación de las viejas élites políticas, de las viejas élites agrarias, y también de las formas represivas de tratamiento del conflicto social. Es la liquidación de un proceso de democratización. Eso quedó como huella y como una gran frustración social. Quedó como el registro de una aspiración con la cual el país quedó en deuda. Y por eso la imagen de Gaitán no muere ahí en el 9 de abril y por el contrario sigue reviviendo por décadas y décadas en el país. Hasta épocas muy recientes, todos los afanes reformistas del país tienen como referente lo que propuso Gaitán o lo que no pudo hacer Gaitán o lo que no le dejaron hacer a Gaitán”.

Gonzalo Sánchez, doctor en sociología política,
exdirector Centro Nacional de Memoria Histórica.

“Tenía que anochecer y no amanecer”

Miguel Ángel Cruz Amaya





"Lo que más recuerdo eran las bestias y, por supuesto, las discusiones de conservadores mientras veían las bestias. Eso es herencia, si sus padres son conservadores, usted no puede ser liberal."

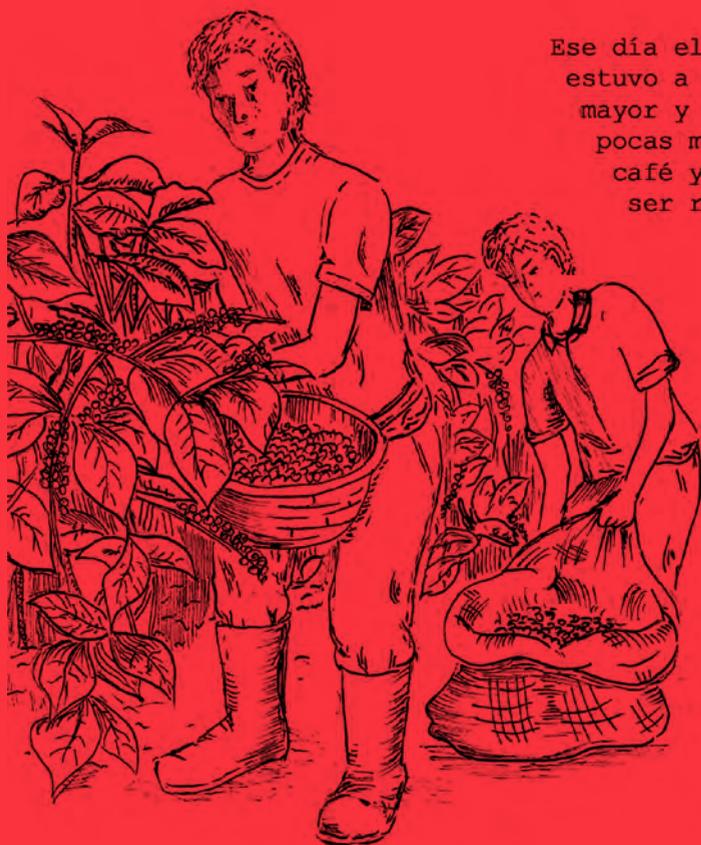


Recuerda que al lado de la finca de su familia quedaba el terreno de la comadre María.



Días después de la muerte de Gaitán, durante la noche, los pocos liberales de Otanche tuvieron que irse y dejar atrás su casa, sus bestias y su historia. La comadre María y su familia decidieron dejar el municipio.



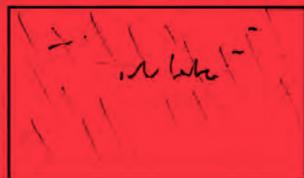


Ese día el trabajo de la mañana estuvo a cargo de mi hermano mayor y de mi persona. Las pocas matas que teníamos de café ya estaban listas para ser recogidas.

Esa noche estaba lloviendo de lo bueno...Mientras la lluvia seguía golpeando la tierra, a lo lejos se comienzan a escuchar unos gritos:

-¡LA CHUSMA!
¡LA CHUSMA!-

De inmediato nosotros salimos a correr.





Mientras corría hacia el bosque vi que mi padre no venía, volteo, espero un poco, y después de unos segundos sale él corriendo mientras revisa la escopeta. Nos metimos en el bosque, en medio de la maraña. Mi papá se hizo detrás de una mata de plátano, apuntaba y miraba hacia todo lado nervioso, sin saber de dónde provenía el peligro.



Severo Delgadillo nació en el municipio de San Pablo de Borbur, Boyacá, el primero de abril de 1941. Cuando él era muy chico, sus padres se trasladaron a Otanche, Boyacá; de allí provienen sus primeros recuerdos. Su infancia la pasó entre las praderas del municipio, rodeado de ganado, y bestias, como él las llama. Su padre fue un conservador de “pura sangre”, que le inculcó a su hijo el orgullo de trabajar el campo, el honor de ser conservador y, sin duda, el amor por los animales, especialmente los caballos, a quienes criaba y entrenaba para exposición.

Él recuerda esos días con gran nostalgia. Mientras habla de su padre frota sus manos ya arrugadas, juega con una argolla dorada que abraza su dedo del medio.

“Lo que más recuerdo eran las bestias y, por supuesto, las discusiones de conservadores mientras veían las bestias. Eso es herencia, si sus padres son conservadores, usted no puede ser liberal. Desde un principio en el pueblo estábamos mezclados, había tanto liberales como conservadores, pero nosotros (conservadores) siempre fuimos más. Además, nuestras familias también eran las que más tierras tenían, ganábamos por parte y parte. ¡Ay esos días sí que eran duros!”

Recuerda que al lado de la finca de su familia quedaba el terreno de la comadre María. Era un espacio no tan grande, con algunas vacas, algunos árboles, y en el medio estaba la casa, solo tenía un piso, como la mayoría. Ellos, a diferencia de la familia de Severo, eran liberales, de los pocos que vivían en este sector de Boyacá.

Otanche era un pueblo tranquilo, o así recuerda Severo sus primeros 8 años de vida. El 9 de abril todo cambió, la fecha de que dio pie al Bogotazo y abrió las puertas a la Violencia que marcó a nuestro país. Ese día, Colombia quedó permeada por un ambiente hostil. Ese día, la rivalidad de los bandos se encrudecía.

“A Gaitán lo mataron el 9 de abril del 48. De ahí en adelante se desató una guerra en todo Colombia entre liberales y conservadores. Y donde había mayoría, ese se quedaba, el otro tenía que irse. En los pueblos que quedaban prácticamente solos, llegaban los otros y arrasaban con todo: gallinas, cerdos, ganado, bestias, burros, se robaban todo. Eso ocurría en toda Colombia, y con ambas partes”, recuerda Severo.

Días después de la muerte de Gaitán, durante la noche, los pocos liberales de Otanche tuvieron que irse y dejar atrás su casa, sus bestias y su historia. La comadre María y su familia decidieron dejar el municipio. Durante la noche, mientras todos dormían, ellos salían apresurados resguardando su vida.

“Así les tocaba, a todos. Tenían que anochecer y no amanecer. Sacar únicamente la ropita. El pueblo era conservador, y ellos no podían hacer más que irse. ¿Hablar? ¡Ja! Nadie tenía que hablar, ellos ya lo sabían, tenían que irse o sino los mataban. Eso fue una guerra espantosa, y más uno de niño que no entiende bien de qué se trata. No recuerdo la mentira que mis padres dijeron cuando pregunté por la Comadre María, pero seguro no me explicaron por qué ellos se iban. Ya con el tiempo, después de ver algunas armas, de escuchar a los más radicales discutir, y de vivir el ajetreo de la guerra, comprendí por qué nuestra comadre se había ido”.

Algo que Severo jamás olvidará, es que para el año de 1952, cuando él tenía 11 años, aproximadamente, conoció en carne propia lo que los viejos decían que era la chusma. Eran grupos de 20 o 30 personas armadas con lo que tuviesen disponible: machetes, palas, trinchos, algunas escopetas, etc. Atacaban o saqueaban los pueblos en donde dominaba el grupo contrario. Era común que los conservadores de Otanche atacaran a los liberales de Yacopí, y viceversa.

“Decían los viejos: ‘pilas porque esta semana se puede meter la chusma’, y la chusma eran los liberales que venían buscando lo que habían dejado: sus tierras, la historia que alguna vez construyeron en ese pueblo. Muchos otros lo único que buscaban era vengar a sus caídos. Uno los identificaba por dos cosas: tenían comandantes, gente que era reconocida en la región o en el sitio específico. Uno ya sabía quién era de qué banda, y quién era duro o quién no. También unos cuantos llevaban escopetas de fisto, o una que otra de cartucho. La mayoría cargaba machetes y rastrillos, ¡cosas que no son pa’ matar! Algunos conservadores tenían revolver, pero era muy difícil, casi nadie tenía. Y si... con eso era que se mataban”.

Aunque la situación de violencia no fue permanente en Otanche, había momentos en que los comandantes conservadores decidían emprender ataques a otros municipios. Las personas vivían en constante angustia de convertirse en víctima, o de que sus familiares fueran a invadir algún terreno. Si en algo coinciden las personas que han vivido la guerra, es que ningún momento es de calma, los sentidos se agudizan, el miedo al combate es constante, y el riesgo de morir es latente. Severo relata:

“Recuerdo ese día, es el día que más tengo presente de mi infancia. Sobre todo porque con el tiempo, ya de viejo, me río de eso. Esas semanas habían estado agitadas. Los viejos decían que para esos días iba a llegar la chusma, parecían profetas que avisaban del terror. Ese día el trabajo de la mañana estuvo a cargo de mi hermano mayor y de mi persona. Las pocas matas que teníamos de café ya estaban listas para ser recogidas, si no se hacía a tiempo, las bestias arrasaban con eso; duramos casi toda la mañana escogiendo los granos.

Esa noche estaba lloviendo de lo bueno, cuando eso, el pueblo se cubría por una capa de niebla que no dejaba ver más allá de lo necesario. También era común que con el tiempo húmedo en los cultivos aparecieran cocuyos, unos animalitos que vuelan y alumbran, parecen linternas, o velas. Mientras la lluvia seguía golpeando la tierra, a lo lejos se comienzan a escuchar unos gritos - ¡LA CHUSMA! ¡LA CHUSMA! -. De inmediato nosotros salimos a correr.

Mientras corría hacia el bosque vi que mi padre no venía, volteo, espero un poco, y después de unos segundos sale él corriendo mientras revisa la escopeta. Nos metimos en el bosque, en medio de la maraña. Mi papá se hizo detrás de una mata de plátano, apuntaba y miraba hacia todo lado nervioso, sin saber de dónde provenía el peligro. Nosotros cogimos un cuero raspaó y lo pusimos encima de una mata de café podada ¡vaya suerte haberla cortado! Ahí adentro solo escuchábamos cómo golpeaba el cuero, traqueteaba de lo bueno. Yo sentía miedo. Y por debajo, todo estaba inundado, estábamos en medio del barrial y la selva, la lluvia y las balas. Después de un rato, al ver que no pasaba nada más, nos fuimos para la casa.

Pero lo que le digo, la gente vivía con miedo. Esa noche nunca llegó la chusma, nunca llegaron los liberales a atacarnos, nunca corrimos peligro. Lo que la persona que gritó vio, fueron los cocuyos volando. El miedo nos hizo pensar que eran velas prendidas debajo de la lluvia.

Los 12 de Mercedes

María Camila Paladines Pérez





Mercedes creció rodeada de abundancia: ganado, cerdos, caballos de paso, cientos de gallinas...

En la última etapa de su infancia, cuando tenía entre 9 y 10 años, fue internada en un colegio en La Palma, municipio de Cundinamarca.





Los liberales se robaron todo. Incendieron las casas del pueblo. Asesinaron familias enteras. Mercedes perdió a gran parte de su familia.

Esteban Camacho -su héroe- y su madre, alcanzaron a coger a sus hermanos.





Asustados llegaron a Samaná, municipio de Caldas.
Los recibieron en casa de unos familiares maternos.
No vivían bien, era mucha gente para un solo techo.





"Con lo que le dieron a papá, allá se compró una finquita, que eso era pues...un ranchito.

A los 15 años Mercedes se fue de casa... Y aunque fue dura la vida y lograron salir adelante, tenía claro que lo mejor para ella era irse del pueblo.



El número de Mercedes Camacho es el 12. El 12 de junio de 1936 nació en Yacopí, municipio de Cundinamarca. Es La tercera de 12 hermanos, de los que hoy solo quedan cinco: Humberto, Gladys, Marta y María del Carmen. Tenía 12 años cuando, junto a su familia, tuvo que salir de sus tierras en la época de la Violencia por una amenaza de muerte contra su padre por pertenecer al Partido Conservador.

* * *

Son las 3 de la tarde de un miércoles 11 de septiembre de 2019. Abre el portón de hierro color café que separa su casa de la calle. Avergonzada, por haber olvidado el encuentro, Mercedes me invita a pasar a la sala. Ya sabe de qué hablaremos, y sin tapujos empieza a contar...

Esteban Camacho Urbina y Mercedes Moyano de Camacho, son los nombres de sus padres. Del primero habla maravillas, como si fuese su eterno héroe. Expresa el orgullo que siente recordando que él regalaba mercados, mataba reses y compartía la carne, y a nadie le cobraba un peso. Era uno de esos hacendados de Cundinamarca. Dueño de ‘Los Hoyos’, una finca compuesta por varias fincas más, ubicada en una vereda de Yacopí, llamada Alsacia. “Una persona siempre muy honesta en sus negocios, ¡sí!, muy trabajador... mucha gente lo apreciaba en la región...”, rememora Mercedes.

En Los Hoyos, Mercedes creció rodeada de abundancia: ganado, cerdos, caballos de paso, cientos de gallinas, cultivos de yuca, de papa, de plátano, centenas de hectáreas verdes. No tiene queja de su niñez, fue verde, fue bonita, fue feliz.

En la última etapa de su infancia, cuando tenía entre 9 y 10 años, fue internada en un colegio en La Palma, municipio de Cundinamarca. Los sábados iba a visitarla su hermana mayor, Elvia. La sacaba del internado, se la llevaba a su casa —donde tenía una sastrería— y la devolvía los domingos en la tarde. Todo era tranquilamente monótono.

* * *

Luego de la llegada a la presidencia del conservador Mariano Ospina Pérez, y el asesinato del adalid liberal Jorge Eliécer Gaitán, inició una de las épocas más violentas de Colombia. Innumerables masacres, asesinatos, violaciones, jaqueo de tierras, despojo de tierras, quema de pueblos enteros, conformación de guerrillas. La violencia tocó a la nación. Su foco principal fueron los departamentos centrales: Caldas, Cundinamarca, Boyacá, Antioquia, Tolima, Valle del Cauca, y los Santanderes. Una batalla absurda entre partidos políticos. Una guerra que cobró un incontable número de víctimas, así lo relata Antonio Caballero en el libro *Historia de Colombia*.

Para entonces, Mercedes seguía en La Palma. “Estaba ahí. Salimos de Yacopí porque allá nosotros fuimos muy perseguidos. En esa persecución le avisaron a papá que... que lo iban a matar. Que iban matando a todos los que fueran conservadores, y que iban para allá”, dice ella con la voz entrecortada.

Los liberales se robaron todo. Incendiaron las casas del pueblo. Asesinaron familias enteras. Mercedes perdió a gran parte de su familia. Prefiere no entrar en detalles, pero insiste en que a un primo que era muy bueno, muy sano, “lo mataron de una forma espantosa”. Uno de sus tíos perdió a todos sus hijos. Ella no entendía nada, aún no comprende qué pasó. Lo único que sabe es que todo ocurrió por la política.

Esteban Camacho —su héroe— y su madre, alcanzaron a coger a sus hermanos. Pasaron por La Palma a recogerla. Lo único que tenían era lo que llevaban puesto. Sin finca, sin cultivos, sin ganado, sin caballos, sin gallinas, sin cerdos. En sus bolsillos, tan sólo 9 mil pesos que le alcanzaron a dar a su padre por todas sus tierras. Ni tiempo, ni valentía tuvieron para exigir más. Era eso o la muerte.

Asustados llegaron a Samaná, municipio de Caldas. Los recibieron en casa de unos familiares maternos. No vivían bien, era mucha gente para un solo techo. En esa casa duraron mucho tiempo, Mercedes no recuerda exactamente cuánto, pero deja claro que a pesar de todo fue “un buen tiempo”.

Mercedes respira hondo y con los ojos aguados relata: “nos fuimos para Samaná. Llegamos en una pobreza espantosa. Y allá, pues, figúrese, pasando necesidades. Mis hermanos estaban pequeños: Esteban y Eduardo. Nos tocó irnos para allá a pasar muchas pero muchas necesidades... sin nada. Con lo que le dieron a papá, allá se compró una finquita, que eso era pues... un ranchito, el puro piso era de tierra, porque figúrese con eso ¿qué podía uno comprar?”.

Camacho, el padre de Mercedes, no vivía tranquilo viendo a su familia en ese estado. Y como buen hombre del campo, retomó labores. En ese ranchito empezó a cultivar café; luego lo vendía en el pueblo. Compró ganado. Poco a poco empezó a recuperar parte de lo que habían perdido. Incluso se llegó el día en el que pudo comprar una finca nueva, más grande, más linda, más cómoda, cerquita a la carretera.

A los 15 años Mercedes se fue de casa. Reconocía que Samaná era un pueblo tranquilo, rico para vivir, pero para ella no era suficiente. Siempre fue una mujer muy bella, incluso ahora. Tenía pretendientes detrás suyo todo el tiempo, entre esos un señor, un borracho que la quería desposar. Pero casarse joven no era una opción. Y aunque fue dura la vida y lograron salir adelante, tenía claro que lo mejor para ella era irse del pueblo. Se sinceró con su familia, hizo maletas y tomó camino a Bogotá.

Mercedes no tiene claras las fechas, pero sabe que después de algunos años de estar radicada en la capital, sus padres y uno de sus tíos —que había quedado sin familia por la guerra—, también llegaron a Bogotá. Juntos compraron un lote grande en el barrio Santa Lucía, donde no estuvieron pocos meses. Después, la familia se volvió a reunir.

De esa época los recuerdos son más nítidos. “Nosotros siempre fuimos como muy unidos, sí. Fue una época muy bonita porque todos nos juntamos. Vivíamos en el Quiroga (barrio del sur de Bogotá). Mi hermana vivía como a dos cuadras

de la casa, mamá también vivía cerca, una prima que era directora ahí del Colegio Parroquial del Quiroga... otros familiares y toda la familia estábamos cerca”.

* * *

Hoy, Mercedes vive en Modelia, un barrio del noroccidente de la capital, con Sarita, una gata golpeada, coja, vieja, muy cariñosa. Es viuda. Tiene 83 años. Va sola a los supermercados, hace las labores de la casa. Como fiel creyente y buena devota, va a misa todos los días a las 5 de la tarde. Tiene sus achaques, sinusitis crónica y un aneurisma, pero para ella no son impedimento.

Tiene 83 años, 3 hijas y 3 nietos. –Y me separé... yo duré 10 años y después ya me tocó a mí enfrentar todo. Pero él era un hombre muy irresponsable, tenía muchas mujeres, dejó como 12 hijos con diferentes mujeres. Y sí... fue dura también, fue otra etapa muy dura–, aclara Mercedes. Es una mujer berraca, no le da miedo nada, a excepción de morir sola. Ella insiste que fue una bendición haber salido de los pueblos.

–Mí Mercedes fue una mujer muy trabajadora. Desde muy joven se interesó por la estética, lo que la llevó a tener su propio salón de belleza. Toda su vida se dedicó a su negocio. Es una mujer muy estricta y disciplinada, tranquila y de un temple muy fuerte; comenta Adriana, la menor de sus nietas, cuando le pregunto por su abuela.

Mercedes, la mujer del número 12, no escogió nacer en Yacopí 12 años antes del Bogotazo. Tampoco escogió un partido político. Mucho menos escogió la guerra. Pero, después de tanta atrocidad que tuvo que enfrentar con su familia, lo que sí eligió fue no mirar atrás.



Colombia fue creando dos culturas políticas distintas: liberal y conservadora. La liberal quiso afianzarse más en la clase obrera, incorporar a los sectores excluidos y marginados, y protegerlos como banderas políticas para afianzarse. El partido conservador fue más partidario de las estructuras profesionales de aquellas regiones del país donde estaba más consolidado el Estado. Fue menos innovador.

Quería conservar instituciones.

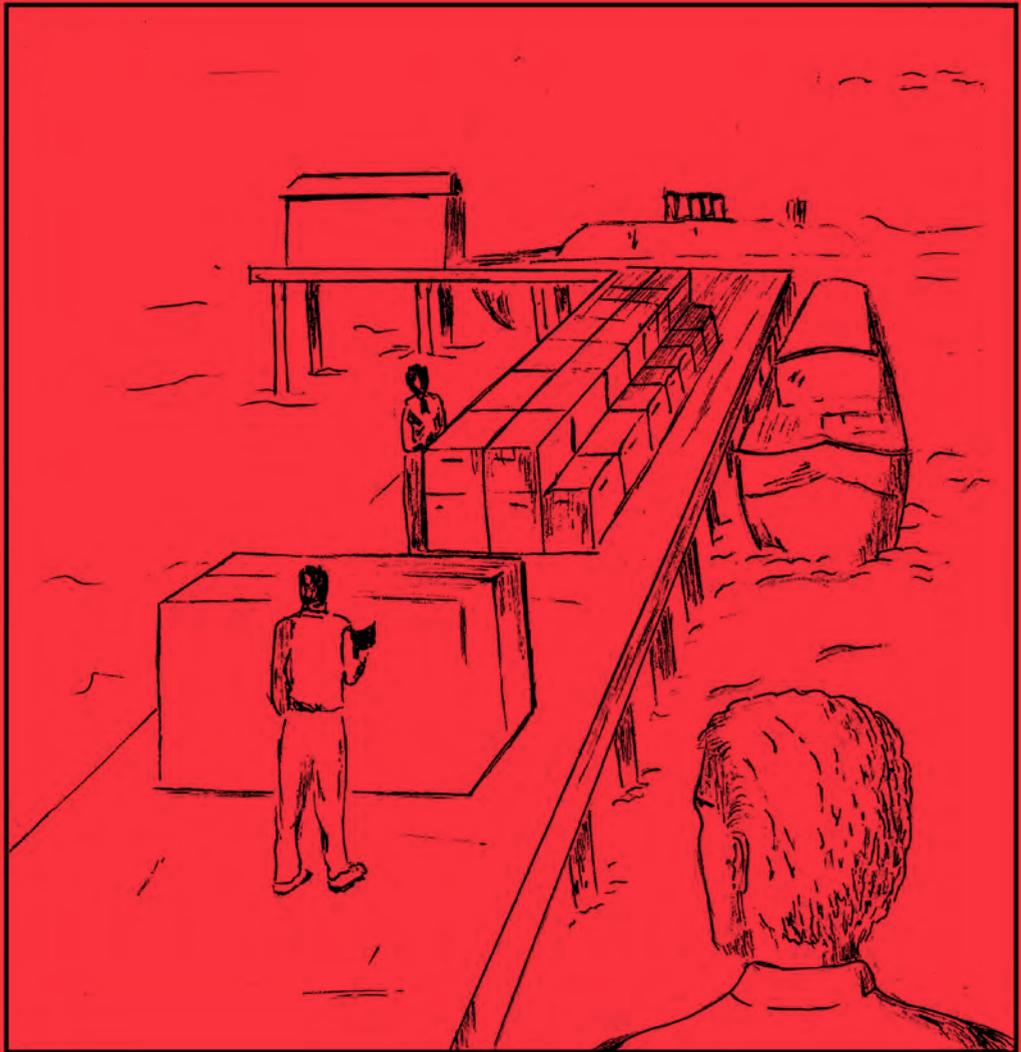
Pero esas dos culturas políticas entraron en una crisis violenta con el asesinato de Gaitán. Jorge Eliecer Gaitán fue el líder liberal que probablemente hubiera llegado a la presidencia en 1948, fue asesinado. Ese asesinato provocó una reacción desbordada de indignación de sectores populares que se sentían identificados con Gaitán. Sobre todo en Bogotá, y en muchas regiones del país. Hubo una explosión irracional, violenta de sectores populares en Bogotá que tuvo por efecto asustar terriblemente a las élites del país”.

Alejandro Reyes, abogado y sociólogo, profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

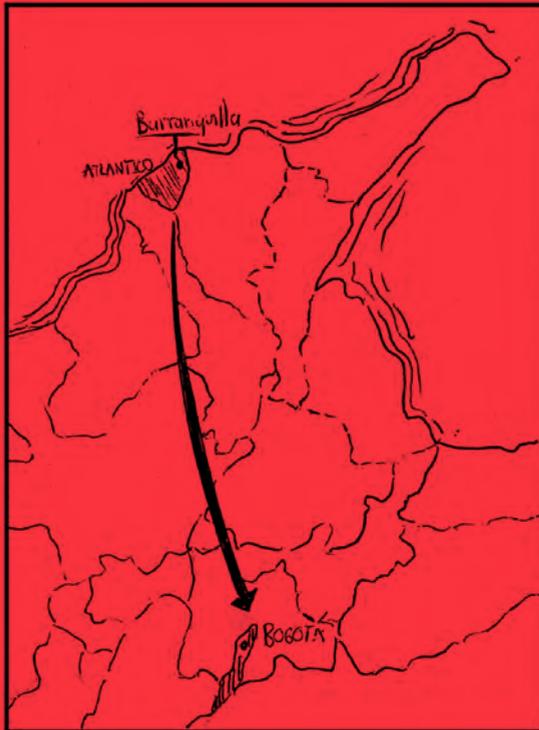
Un militar en La Violencia

Daniela Moscoso





Mientras prestaba servicio militar en Barranquilla, más o menos a la una de la tarde, le informaron que en Bogotá habían asesinado a Jorge Eliécer Gaitán...y que se había declarado una guerra.

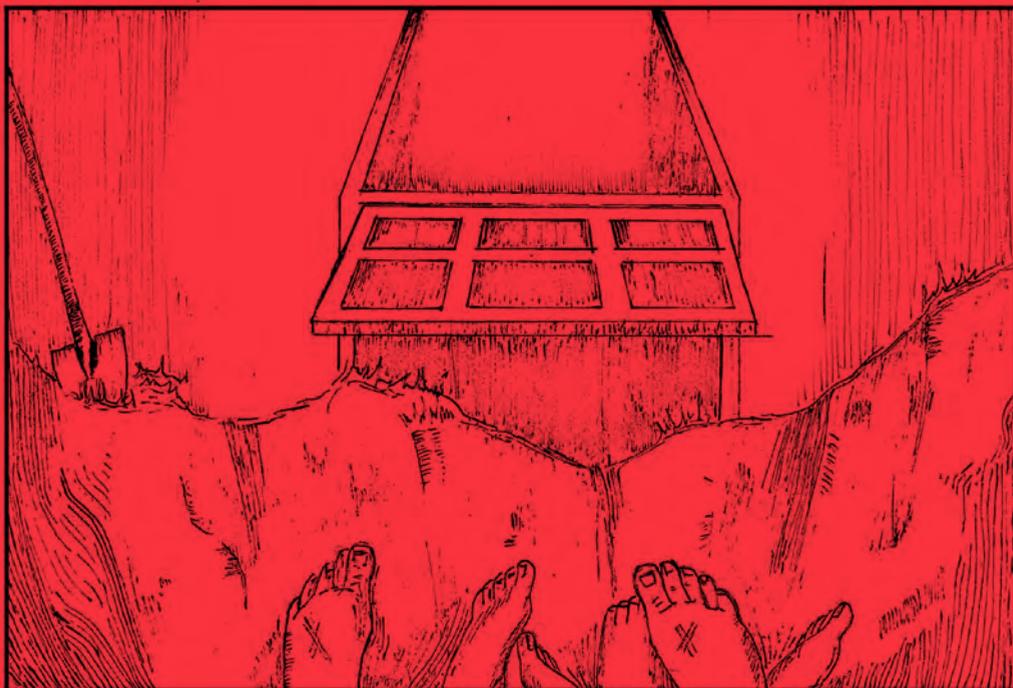


La orden era que debía viajar a Bogotá para apoyar a los militares. "A ellos (los soldados) los ponen en esquinas y en sitios estratégicos de Bogotá, y la orden era que si un perro pasaba a un perro mataban.





Hubo tantos muertos en las calles de la capital, que no se pudo atender persona por persona. Los recogieron, los metieron en volquetas para posteriormente llevarlos al Cementerio Central, en donde abrieron fosas.

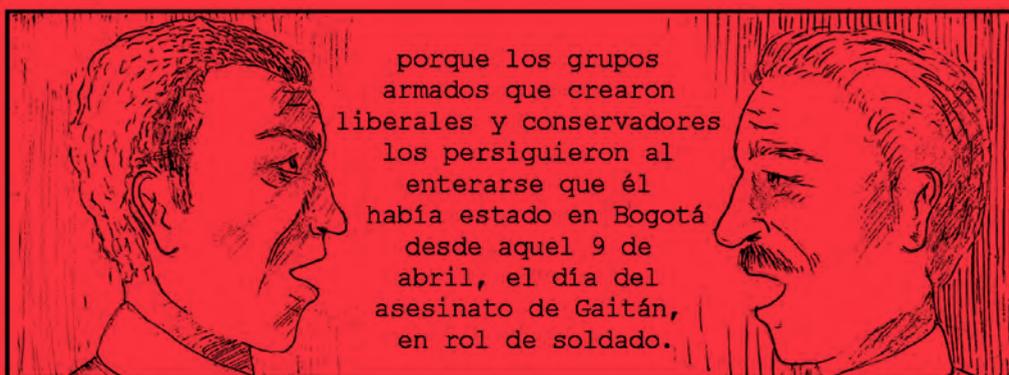




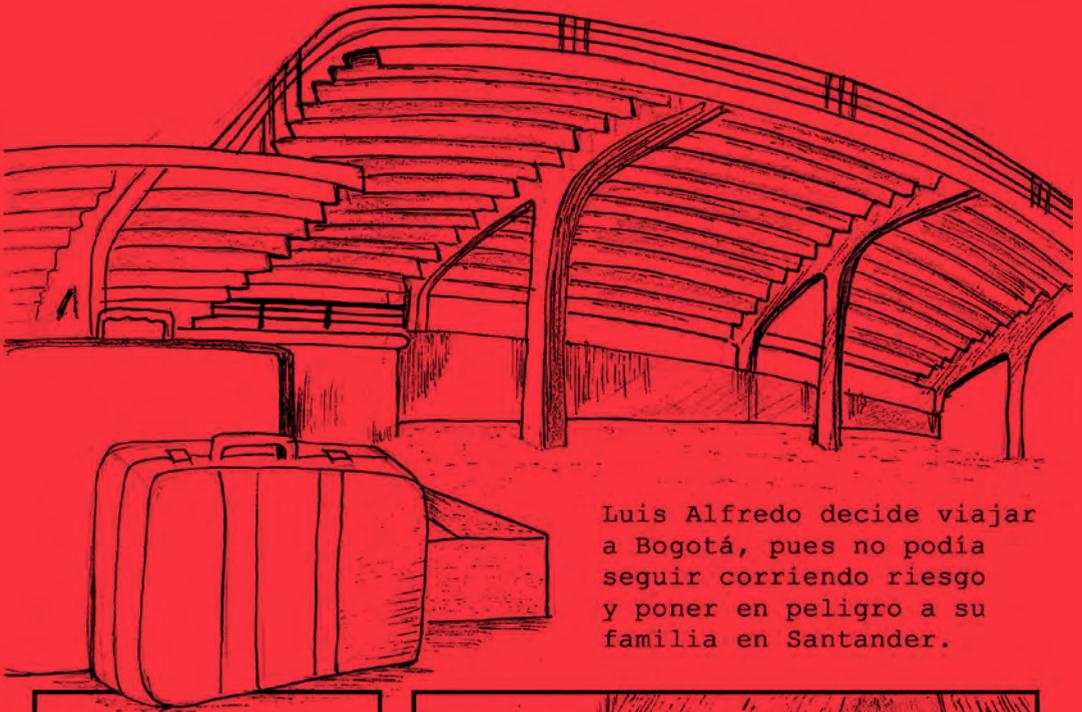
Cuando Luis terminó de prestar el servicio militar y volvió a Santander



Conoció a Matilde Corzo; se casaron a los pocos meses. La felicidad fue corta, y larga la persecución de la que fueron víctimas...



porque los grupos armados que crearon liberales y conservadores los persiguieron al enterarse que él había estado en Bogotá desde aquel 9 de abril, el día del asesinato de Gaitán, en rol de soldado.



Luis Alfredo decide viajar a Bogotá, pues no podía seguir corriendo riesgo y poner en peligro a su familia en Santander.

Consigue trabajo en los ferrocarriles nacionales y con la Edis (Empresa Distrital de Servicios Públicos) que hacía el aseo en la capital.



Fernando Aguilera recuerda que, con apenas siete años, su papá, Luis Alfredo Aguilera, le contó a él y a sus 9 hermanos cómo tuvo que enfrentar el Bogotazo cuando apenas tenía 16 años y prestaba el servicio militar.

Tiene vagos recuerdos del año exacto en el que su padre, Luis Aguilera, estuvo en Barranquilla controlando los puertos. Por esos años el contrabando de cigarrillos, tabaco, telas y licores estaban en auge en Puerto Colombia.

Luis medía casi dos metros y era de contextura delgada, asegura Fernando. Lo que le permitía, en ese entonces, usar el arma más pesada y una canana. Mientras prestaba servicio militar en Barranquilla, más o menos a la una de la tarde, le informaron que en Bogotá habían asesinado a Jorge Eliécer Gaitán, candidato presidencial por el partido Liberal, y que se había declarado una guerra, razón por la cual en la ciudad se estaba presentando un conflicto armado.

“La historia dice que los grandes líderes de este país no querían que él fuera presidente, hicieron un complot entre ellos para matarlo”, es la información que tiene Fernando después de todas las historias que le contó su padre.

No hubo tiempo de nada, la orden era que debía viajar a Bogotá para apoyar a los militares. “A ellos (los soldados) los ponen en esquinas y en sitios estratégicos de Bogotá, y la orden era que si un perro pasaba a un perro mataban. Tenían la orden de dispararle a todo el mundo. Ya en la noche se empezaron a presenciar los incendios en muchos sitios.”

A Fernando, su padre le narró que hubo tantos muertos en las calles de la capital, que no se pudo atender persona por persona. Los recogieron, los metieron en volquetas para posteriormente llevarlos al Cementerio Central, en donde abrieron

fosas y ahí metían cien, doscientas personas, no se sabe exactamente cuántas. Los cadáveres los cubrieron con tierra sin ser identificados, porque no había personal para hacerlo.

Después de cuatro meses en Bogotá, a Luis lo trasladaron nuevamente para Barranquilla. La familia de Luis Alfredo era oriunda de Puente Nacional, Santander. Su papá, Rafael Aguilera, murió cuando era pequeño, y su mamá, Paulina, sacó adelante sola la familia. Se dedicaban a cultivar arveja, plátano, yuca, maíz; además, tenían ganado y gallinas. Vivían tranquilos.

Cuando Luis terminó de prestar el servicio militar y volvió a Santander, conoció a Matilde Corzo; se casaron a los pocos meses. La felicidad fue corta, y larga la persecución de la que fueron víctimas, porque los grupos armados que crearon liberales y conservadores los persiguieron al enterarse que él había estado en Bogotá desde aquel 9 de abril, el día del asesinato de Gaitán, en rol de soldado.

No tuvo opción, debió irse de Santander. “Eran los mismos liberales, su guerrilla liberal, como disidencias de los partidos, y en esa época no eran conocidos como guerrilleros sino como chusma o bandoleros, eran de ambos bandos”, le contaba a Fernando su padre.

Le pregunto si las chusmas o los bandoleros solo hicieron que saliera su papá o también sus familiares. Responde: “No, ellos iban por los jóvenes para reclutarlos y el otro caso que se dio, es que a las mujeres no las reclutaban, eran solo hombres”.

Luis Alfredo decide viajar a Bogotá, pues no podía seguir corriendo riesgo y poner en peligro a su familia en Santander. Llega al barrio El Rosario, más conocido como La Culebrera, cerca al Estadio Nemesio Camacho El Campín.

Consigue trabajo en los ferrocarriles nacionales y con la Edis (Empresa Distrital de Servicios Públicos) que hacía el aseo en la capital. “En esa época las personas podían trabajar en dos entidades del distrito o del Estado, medio tiempo en uno y medio tiempo en el otro”, asegura Fernando.

Luis Alfredo y Matilde sacaron a sus 10 hijos adelante, dejaron a un lado toda la preocupación que pasaron por la guerra bipartidista. Luis murió a los 66 años y Matilde a los 86. La familia Aguilera Corzo los recuerdan como unos valientes por salir ilesos de la guerra entre liberales y conservadores que se vivió en todo el país.



El despojo puede ser el resultante final de una serie de dinámicas socio políticas y del ejercicio de la violencia. Puede ser el punto intermedio en un largo proceso de transformación social, política, cultural, económica y ambiental de un lugar, una región, o del país en general. Desde esta perspectiva, el despojo se constituye en un medio a través del cual se procuran objetivos diversos ligados a los intereses de quien ordena las relaciones de poder y violencia en una región”.

Centro Nacional de Memoria Histórica.

Huir, siempre huir

Juan Cáceres





Desde la cama ortopédica en la que pasa los días, cuenta a sus hijos y nietos historias de los años cuarenta como si los hubiera vivido el día anterior.

Recuerda que al rededor de la una de la tarde del 9 de abril de 1948 cuando vio a una gran cantidad de personas que corrían y gritaban: "¡mataron a Gaitán!", "¡mataron a Gaitán!".





Necesito
algunos carros
para sacar
la gente

Ese día milagrosamente se pudo salir de allí por orden del señor Luis, que en horas de la tarde, tras el inicio de los disturbios y la dispersión de los mismos hacia otros sectores de la ciudad, logró que todos saliéramos del lugar.



Por el camino se veían muertos tirados, almacenes saqueados, joyerías prácticamente desmanteladas y algunos edificios incendiándose.

A las seis de la tarde logró llegar a Chía y reencontrarse con su esposo y sus hijos.





Frente a ese panorama la familia resolvió irse para una finca enclavada entre las poblaciones de Mongua y Labranzagrande en el departamento de Boyacá.

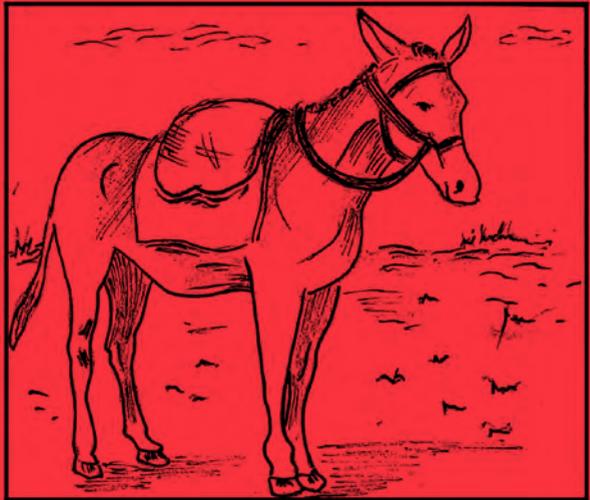
Al sitio se llegaba a lomo de mula, pasando por una parte del páramo de San Ignacio. Un camino largo y tortuoso que desde Bogotá se podía tardar más de 6 horas.



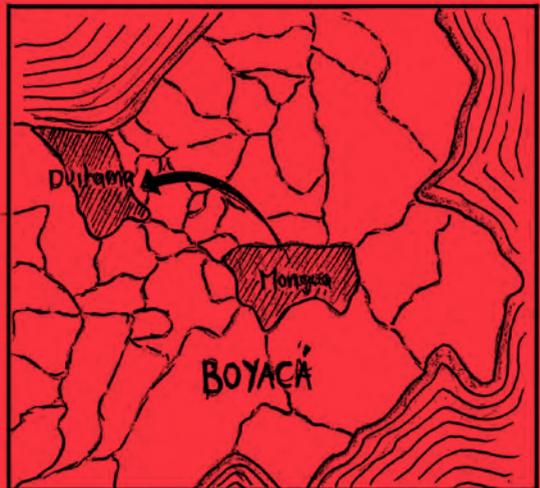


Necesitamos
una mula

Con tono de tristeza recuerda que esos hombres empezaron a extorsionarlos. Entonces, para que dejaran tranquila la finca, les exigían contribuir con botas y comida. "También, algunas veces pedían que les facilitáramos caballos o mulas para que se transportaran...



La situación se hizo insostenible, y en 1994 la familia nuevamente huyó a una ciudad pequeña de Boyacá llamada Duitama.



Ana Victoria Amaya tiene 96 años, la mirada aguda y la sonrisa grande. Es delgada, de cabello corto y blanco. A pesar de la edad se ufana de su buena memoria. Desde la cama ortopédica en la que pasa los días, cuenta a sus hijos y nietos historias de los años cuarenta como si los hubiera vivido el día anterior.

Ana trabajaba para el almacén LEY que quedaba en la Plaza de Bolívar de Bogotá, justo donde hoy queda un almacén Éxito. Recuerda que era aproximadamente la una de la tarde del 9 de abril de 1948 cuando vio a una gran cantidad de personas que corrían y gritaban: “¡mataron a Gaitán!”, “¡mataron a Gaitán!”.

En un santiamén los vigilantes cerraron las puertas del lugar. Ana escuchaba pasar a la muchedumbre rompiendo vidrios. Algunos iban armados con piedras y otros con machetes. “Era terrible el caos. Se empezaron a oír tiros, y quienes estaban más cerca de una pequeña ventana que tenía el almacén decían impresionados que había personas cayendo muertas. A medida que avanzaba la tarde la confusión aumentaba”, recuerda.

Ana se queda en silencio, busca en su memoria otros hechos de ese inolvidable día. De repente dice que el señor Luis Eduardo Yepes, dueño del almacén, estaba en el momento en que esto sucedía. Entonces hizo algunas llamadas para conseguir carros que pudieran sacar a los empleados y a algunos clientes que se encontraban en el lugar. “Todos con miedo e incertidumbre llorábamos y nos preguntaban qué era lo que estaba sucediendo”.

“La angustia ese día era terrible porque no se sabía nada de las familias. Además, todos los hechos eran confusos. Ese día milagrosamente se pudo salir de allí por orden del señor Luis, que en horas de la tarde, tras el inicio de los disturbios y la

dispersión de los mismos hacia otros sectores de la ciudad, logró que todos saliéramos del lugar. Por el camino se veían muertos tirados, almacenes saqueados, joyerías prácticamente desmanteladas y algunos edificios incendiándose. Todo era muy desolador”, relata Ana.

A las seis de la tarde logró llegar a Chía y reencontrarse con su esposo y sus hijos, quienes estaban muy preocupados por las noticias que escuchaban en la radio.

De los días que siguieron a ese 9 de abril Ana recuerda que no había trabajo, y el comercio estaba detenido. A pesar de que los disturbios habían terminado, los problemas en la ciudad eran constantes porque la violencia entre liberales y conservadores crecía en la capital.

Frente a ese panorama la familia resolvió irse para una finca enclavada entre las poblaciones de Mongua y Labranzagrande en el departamento de Boyacá; la primera con una población mayoritariamente conservadora, y la segunda en el pie de monte llanero, de población liberal.

Al sitio se llegaba a lomo de mula, pasando por una parte del páramo de San Ignacio. Un camino largo y tortuoso que desde Bogotá se podía tardar más de 6 horas. Ese recorrido lo hicieron Ana y José, y sus tres hijos: Dora, Mercedes e Isabela. Lo único que buscaban era que no los alcanzara la violencia que habían vivido en Bogotá desde ese 9 de abril.

Tras la llegada a Sirguaza, vereda de Mongua, la familia empezó a trabajar con ganado y unas minas de sal que tenía la tierra que logran negociar y comprar con sus ahorros.

Para ese entonces ellos sabían que era muy peligroso mencionar que Ana era de familia liberal y que José procedía de una familia conservadora. Una pareja atípica en un contexto en el que los dos partidos se habían declarado una guerra frontal.

Pero luego de unos meses de tranquilidad, la violencia también llegó hasta ese lugar. Ana recuerda que “por cosas de Dios la finca se convirtió en un sitio neutral, porque José construyó una iglesia, y se la donó al párroco del municipio. Pero allá llegaban noticias de las masacres que acontecían en todo el país y todo por el hecho de ser liberales o conservadores”.

Desde su finca la familia vio nacer al Frente Nacional, una estrategia de alternancia del poder entre liberales y conservadores cuyo objetivo era cesar la ola de violencia que recorría el país. Sin embargo, dejó por fuera al partido comunista lo que, recuerda Ana, fue el origen de los grupos subversivos como el Eln y las Farc.

Ana cuenta que los dos grupos guerrilleros comenzaron a disputarse los territorios, incluyendo el lugar en que quedaba la finca, y, además, empezaron a reclutar jóvenes del municipio para engrosar sus nacientes batallones.

Con tono de tristeza recuerda que esos hombres empezaron a extorsionarlos. Entonces, para que dejaran tranquila la finca, les exigían contribuir con botas y comida. “También, algunas veces pedían que les facilitáramos caballos o mulas para que se transportaran; animales que luego no devolvían, porque, según ellos, las podrían necesitar en otro momento. En esta misma época llegó la ambición del dinero fácil con las siembras de marihuana o amapola, por lo tanto, el ingreso de negociantes de la droga fue constante”, recuerda Ana.

La situación se hizo insostenible, y en 1994 la familia nuevamente huyó a una ciudad pequeña de Boyacá llamada Duitama, en la que Ana solo espera paz, porque ya la vida le dio demasiadas dosis de violencia.

“Todo por esa violencia”

Paula Valeria Gallo

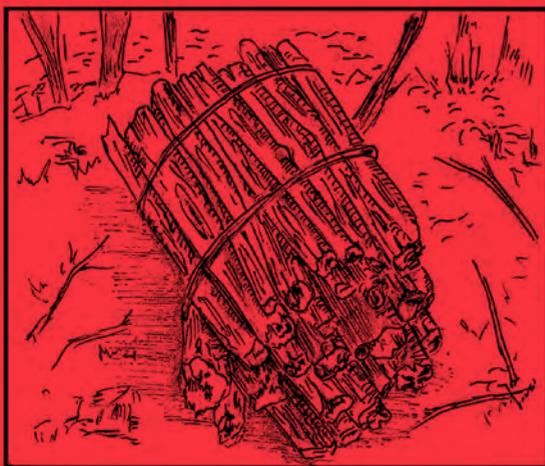




En 1958, mientras Alberto Lleras Camargo se posesionaba como presidente, María Luisa y Justiniano aceptaron la propuesta de ir a colonizar. Entonces, partieron con sus hijos.



Cuando llegaron a la vereda Bocas del Carare, lo primero y único que sus ojos inundados de juventud vieron, fue una casa pequeña. Justiniano empezó a recolectar madera, y con ayuda de su vecino construyó una casa nueva.





La "finquita", como la nombra María Luisa, quedaba muy cerca del ferrocarril y a la orilla del río Carare. La llamaron La Golondrina.

Sembraban plátano, yuca, arroz, maíz y ajonjolí. Criaban gallinas, cerdos y ganado. Así fue como comenzó la vida que hoy más extrañan.





Un día empezaron a recibir visitas de la chusma.

"Ellos iban buscando armas, pero ¿uno qué arma puede tener en una finca? un azadón y un machete, no es más. También iban buscando información"

— ¿Y cómo para dónde cogerían?

— Para allá — respondía María Luisa mientras levantaba su brazo señalando en la dirección contraria.



Sus visitas se empezaron a volver constantes.
Nunca le hicieron nada malo.

Mi señora
tenemos como
hambre ...



Desocupen que ustedes
no pueden estar aquí.

Entre los recuerdos de María Luisa está el día en el que llegó la chusma y les dijo: "Desocupen que ustedes no pueden estar aquí. Tienen que dejar las tierras, tienen que dejarlo todo".

Decidieron vender su casa y viajar rumbo a La Dorada. Viajaron en el Tren de Lujo.



María Luisa tiene 79 años. Hoy ella recuerda que en 1958 arrancó, con su esposo Justiniano, para la región del Carare, ubicada en la zona suroccidental del departamento de Santander. Todo inició el día que Manuel, el hermano de Justiniano, lo llamó para hacerle una oferta de trabajo:

— Hay una tierrita pa' abrir ¿se anima?

Abrir una tierra significa llegar a un lugar que aún no tiene dueño y limpiarlo, para posteriormente empezar a vivir o cultivar allí. Se supone que para ese año ya se le había dado fin al periodo de violencia más grande de Colombia, que había estallado 10 años antes con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. En 1958, año en que Alberto Lleras Camargo se posesionó como presidente, María Luisa y su esposo partieron de Rionegro luego de aceptar la propuesta de ir a colonizar.

Cuando llegaron a la vereda Bocas del Carare, lo primero y único que sus ojos inundados de juventud vieron fue una pequeña vivienda. Pero Justiniano, pensando en el futuro de su familia, empezó a recolectar madera para construir una casa nueva. Una casa lo suficientemente grande para que su esposa y sus hijos vivieran cómodamente. Una casa con techo de palma y piso de tierra, donde no había electricidad y donde el baño era el monte. Una casa que por esos años fue su lecho de paz y su tesoro máspreciado.

El aire se hacía pesado aquel día que empezaron a quemar el rastrojo para limpiar el terreno. Se convirtieron en colonos justo en el momento en que el humo se escapaba hacia el cielo, como un grito que anunciaba que esa tierra ahora tenía un dueño.

En el mandato del general Gustavo Rojas Pinilla se creó un programa de colonización. Con este, se quiso impulsar la economía del Carare y otras regiones del departamento, además de garantizar el acceso a la tierra, el crédito, los ingresos, entre otros. María Luisa cuenta que nunca fue beneficiada por aquella estrategia. Sin embargo, sí le agradece a Rojas Pinilla por haberle dado el derecho a votar.

La “finquita”, como la nombra María Luisa, con el tiempo se convirtió en una de aproximadamente 400 hectáreas. Además, quedaba muy cerca del ferrocarril y a la orilla del río Carare, un afluente de 170 kilómetros que atraviesa Boyacá y Santander para desembocar en el majestuoso río Magdalena. La llamaron La Golondrina: “Le pusimos así porque llegamos a trabajar allá como unas golondrinas. Ahí vivíamos muy felices”.

Sembraban plátano, yuca, arroz, maíz y ajonjolí. Criaban gallinas, cerdos y ganado. Así fue como se convirtieron en los mayores productores de la zona y comenzaron la vida que hoy más extrañan. De los humedales, entre 5 y 10 trabajadores recogían la cosecha de arroz, dos veces al año. Lo ponían en trojas, unas cajas empalmadas con madera por los lados, a fin de no dejar la cosecha directamente en el suelo.

En aquel tiempo el reflejo de un sol ardiente se desdibujaba cuando María Luisa sumergía sus manos en la quebrada para lavar las ollas untadas de tizne. En aquel tiempo los niños más grandes iban a la casa de la vecina para que ella les enseñara a leer y a escribir. En aquel tiempo se desplazaban hasta Puerto Carare para mercar, de ida una travesía de dos horas a pie y de vuelta en el tren. Aquel tiempo de dicha, que duró 8 años, se esfumó.

Un día empezaron a recibir visitas de la chusma, el mismo grupo que, según lo que la madre de María Luisa le contaba, se llevó a dos de sus hermanas. Nunca las encontraron. La chusma también era conocida como los bandoleros. En un texto publicado por Radio Nacional de Colombia, los describen como campesinos liberales que extorsionaban a los hacendados, para repartirse el dinero entre ellos. Según María Luisa, también se dedicaban a hurtar armas, ganado, cosechas y, en el peor de los casos, a sacar a las personas de sus tierras.

“Ellos iban buscando armas, pero ¿uno qué arma puede tener en una finca? un azadón y un machete, no es más. También iban buscando información”.

— ¿Han pasado unos muchachos por acá?

— Pues hace ratito, como media hora.

— ¿Y cómo para dónde cogrían?

— Para allá — respondía María Luisa mientras levantaba su brazo señalando en la dirección contraria.

“En ese tiempo los conservadores perseguían mucho a los liberales. Los perseguían, los mataban y bueno...”. María Luisa estaba convencida que debía evitar una guerra. Tan solo de su dedo señalando dependía una posible matanza. Si le preguntaban ella decía que no tenía ideología, aunque en su hogar eran liberales, en especial su esposo. “Uno de mujer no. Nosotras no sabíamos de política”. También recuerda que ocasionalmente llegaban a su tierra:

— Mi señora tenemos como hambre ...

Ella, diligentemente, le servía una taza de mazamorra con panela a cada uno. Aunque nunca le hicieron nada malo a ella ni a sus hijos, sus visitas se empezaron a volver constantes. En la noche patrullaban todo el sector, pero ningún miembro de la familia se levantaba a ver. Ellos sabían que ahí estaban. Los sentían tan cerca como su propia respiración.

Se escuchaba el rumor de que habían matado a un vecino... y a otro. Algunos decían que los responsables eran la chusma y otros que Los Chulavitas. Estos últimos actuaban como una facción armada financiada por el Gobierno. Según lo describe la politóloga colombiana Gina Paola Rodríguez en su escrito académico *Chulavitas, Pájaros y Contrachusmeros*, cumplieron su misión persiguiendo a liberales, comunistas, masones y ateos. Con el tiempo pasaron a atacar a todos los que no siguieran su ideología y, por esta razón, fueron responsables de numerosas masacres.

Para hacerle contrapeso a Los Chulavitas surgieron Los Pájaros, quienes tenían como objetivo asesinar e intimidar a los liberales opositores de Mariano Ospina Pérez, presidente de la República de Colombia desde 1946 hasta 1950. Se presume que desaparecen con la creación del Frente Nacional.

Según el portal educativo Colombia Aprende, el partido Liberal fue fundado en 1848 por José Ezequiel Rojas. Después, en 1849, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro crearon el partido Conservador. ¿Alguien pensaría que los partidos que se crearon 100 años atrás de la época de La Violencia causarían tanto dolor?

Los días de la familia de María Luisa se empezaron a llenar de miedo. De la gente que mataban, se decía que los habían tirado al río, el mismo que pasaba por su finca. Ese río es el mejor testigo de esta parte de la historia. En él reposaba el cuerpo que cada familia buscaba con desesperación, aquel que desaparecía junto con el crimen cometido. “Fueron muchos liberales a los que mataron: jóvenes, viejos, niños. Esa gente no respetaba a nadie, ni siquiera a las mujeres embarazadas. ¡Ay, los conservadores!”

Entre los recuerdos de María Luisa está el día en que llegó la chusma y les dijo: “Desocupen que ustedes no pueden estar aquí, tienen que dejar las tierras, tienen que dejarlo todo”. Su esposo, un tiempo después de aquello, tomó la decisión de abandonar el lugar. Y no solo sus pertenencias y su trabajo de 15 años, sino también su forma de vida. María Luisa lo apoyó: “A mí me daba mucho miedo y por eso nos fuimos con mis niños”. Tomaron un par de gallinas, algunos utensilios de la cocina y en tren se fueron rumbo a Puerto Berrío. “Eso sí me amargó la vida. Allá construimos todo y todo lo dejamos allá ... construido”.

La historia oficial dice que la mayoría de bandoleros fueron abatidos en el Gobierno de Guillermo León Valencia entre 1962 y 1966. Sin embargo, para 1970, año en el que María Luisa se fue de la finca, seguían operando. Los que quedaron de ellos se unieron a facciones armadas, de hecho, el bandolero Manuel Marulanda Vélez (alias Tirofijo) fundó las FARC.

María Luisa llegó a Puerto Berrío donde sus compadres, quienes le dieron acogida a toda la familia. Pronto, Justiniano comenzó a trabajar en la carnicería de un amigo. Posteriormente se la compró. Con las ganancias que dejaba el negocio adquirieron una casa que les costó once mil pesos. “Mi esposo bregó a conseguir una casita propia y la consiguió”. Los niños, en medio de su inocencia, estaban felices porque esa sí era en ladrillo, porque ahora tenían un baño, luz y música. Los mayores solo pensaban que no existían lujos que les hicieran olvidar la pérdida de su tierra: La Golondrina.

En Puerto Berrío, María Luisa se encargaba de alistar a sus hijos para llevarlos a La Milla, la escuela que estaba a una cuadra de distancia. Ella los acompañaba hasta allá por seguridad, puesto que tenían que cruzar la carrilera. Cuando escuchaba la campana en la tarde, iba corriendo a recogerlos. En ese trajín pasaron 10 años.

Decidieron vender su casa y viajar rumbo a La Dorada, Caldas, debido a que allí aún estaba la madre y algunos de los hermanos de María Luisa. Viajaron en el Tren de Lujo, en el que el inodoro era una poceta a través de la cual se podían ver los palos del ferrocarril. El viaje duró cinco horas; un recorrido total de 160 kilómetros.

En ese municipio vivieron en dos casas, ambas con un buen espacio: varias habitaciones, alberca y un patio grande para hacer asados y para que los niños tuvieran dónde correr. Justiniano trabajaba en construcción o “en lo que le saliera” para sostener a su familia.

Lo cierto es que después de tantos años y de toda la travesía vivida, seguían llevando el campo en sus memorias y corazones. Definitivamente no era fácil acostumbrarse a estar lejos de él. “Nos dio mucho pesar tener que dejarlo todo, todo por esa violencia”, expresa hoy la mujer protagonista de esta historia.

Ellos nunca supieron qué sucedió con La Golondrina desde que forzosamente tuvieron que dejarla. No volvieron. María Luisa dice ahora entre risas: “Ya pasaron muchos años ¿con qué alientos voy a volver por allá?”. En el eco de aquellas carcajadas, con un dejo de inocencia, es posible escuchar una nostalgia que parece no esfumarse.

Entre azules y rojos

Julieth Casas





Nosotros vivíamos en la vereda la Linterna, en Santander. Éramos doce hermanos, seis mujeres y seis hombres.

Mi madre se llamaba Teofilde Zárate, era conservadora; mi padre Campo Elías Gaona, era liberal. A pesar de sus ideologías políticas ellos no nos obligaban, o intentaban convencernos de pertenecer a un bando o al otro

Desde muy pequeña yo parecía un varón. Me gustaba trabajar en la "rula" (tirando macheta).



Yo soy apolítico

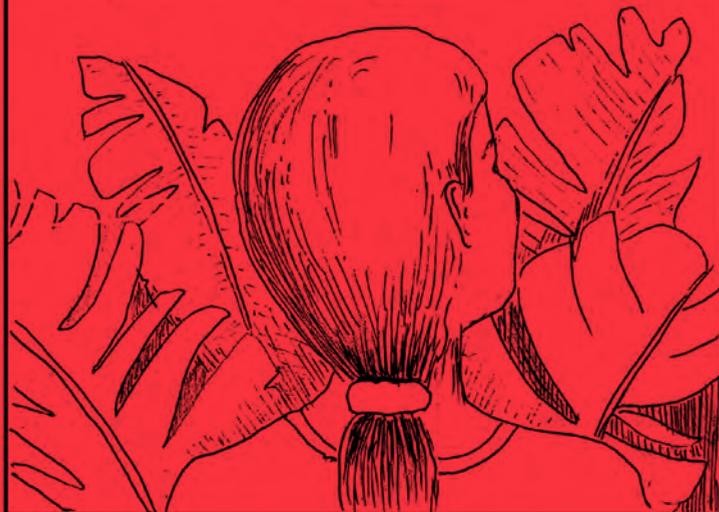
Pero allá en donde vivíamos habían muchos conservadores.

Iban y nos preguntaban -¿ustedes son conservadores o liberales?-. Mi padre siempre decía que era apolítico.

... Uno no podía acercarse a las casas. Luego esos mismos iban a las fincas a sacar los ganados y otras cosas.



Nosotros lo que hacíamos era amontonar las hojas de plátano, y apenas escuchábamos plomo por ahí cerca salíamos a escondernos debajo de la hoja de plátano.





Yo me casé cuando tenía 15 años con un señor al que me entregaron. Se llamaba Gil Benavides. Él era de la región.

Como en el año 63, mi marido y yo nos vinimos a vivir al pueblo San Ignacio de Opon.

En San Ignacio ya no nos preocupamos con mi marido por los conservadores o los liberales. Acá ya era la guerrilla... Esa gente lo que necesitaba era los hijos de uno.

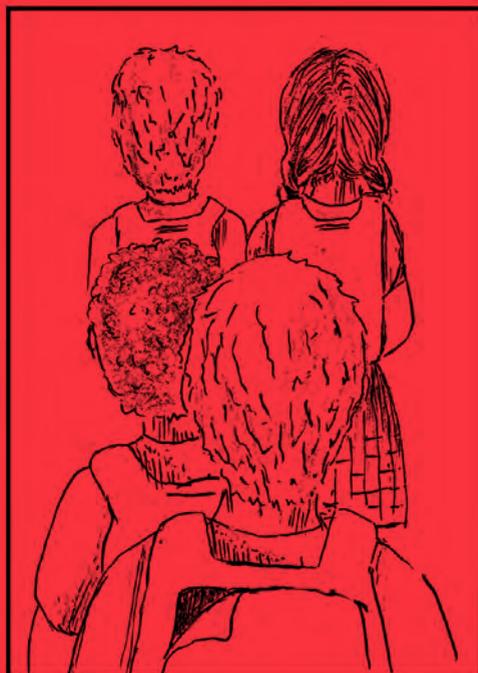


Incluso a mi hija mayor se la iban a llevar.
Era una niña. Envolvían billetes de
50 mil, billetes de 20 mil y le daban.



La niña tenía como 7 años
cuando empezaron a sonsacarla
así, pero ella me contaba
todo a mí.

Así que mandé a matricular a los niños en Guadalupe, y le dije a la guerrilla que la familia se los había llevado para Bucaramanga a estudiar. Si no hubiera sido así, pues a esta hora estarían mis hijos muertos o en un grupo guerrillero.



Una crónica sobre despojo de tierras en la época de La Violencia. Múltiples pensamientos llegan a mi mente cuando comienzo a buscar fuentes para este relato. La mayor desventaja de todo este asunto es que la época en la que me quiero situar es muy lejana, y tal vez muchos de sus protagonistas ya no están con vida; y quienes sí la tengan tal vez, hayan perdido claridad de lo que pasó. O eso pensaba hasta que encontré a Ofelia Gaona Benavides.

En las primeras conversaciones telefónicas las respuestas que Ofelia me entregaba eran cortantes, sencillas y tímidas. Pero, después de varios acercamientos, su voz se hizo más tenue, sus respuestas son más detalladas. Comprendí que para ella no era fácil hablar de La Violencia, a pesar de los años que han pasado. Está convencida de que si vuelve a recordar aquellos tiempos de incertidumbre y dolor, puede traer al presente dolores del pasado. Durante una de nuestras conversaciones su voz se quebró al recordar que uno de sus hermanos fue asesinado.

* * *

Soy Ofelia Gaona de Benavides, nacida el 1 de noviembre de 1950 en Barbosa, Santander. Y esta es la historia de cómo la guerra entre azules y rojos hizo que mi familia y yo saliéramos de nuestras tierras para no volver jamás.

Mis padres eran personas trabajadoras, ellos nos enseñaron a cómo vivir la vida bien y cómo se vivía la vida mal. Nosotros vivíamos en la vereda la Linterna, en Santander. Éramos doce hermanos, seis mujeres y seis hombres. A nosotras las mujeres nos enseñaron desde muy pequeñas a trabajar, trabajar y trabajar. Nosotras no estudiamos, aunque sí nos enseñaron a leer y a escribir. No fuimos a una escuela.

Desde muy pequeña yo parecía un varón. Me gustaba trabajar en la “rula” (tirando macheta). Hoy en día lo hago también, porque me gusta trabajar en todo el campo de la agricultura y la ganadería. Esto haré hasta que Dios me de la fuerza y la vida.

Mi madre se llamaba Teofilde Zárate, era conservadora; mi padre Campo Elías Gaona, era liberal. A pesar de sus ideologías políticas ellos no nos obligaban, o intentaban convencernos de pertenecer a un bando o al otro. Nunca se tiraban a decir ‘es que usted es conservador y yo soy liberal’. Vivían la vida bien y no se sacaban esas cosas, que porque uno sangre roja y el otro sangre azul. Y es que la sangre azul no existe. Vaya y córtese y verá.

Pero allá en donde vivíamos habían muchos conservadores. Iban y nos preguntaban — ¿ustedes son conservadores o liberales? — . Mi padre siempre decía que era apolítico. Pues es que allá sí se la sentenciaban a uno, era para matarlo. Nosotros vivíamos muy prevenidos.

La mayoría de los ataques los hacían en la tarde. Y cuando salíamos del trabajo a veces se escuchaba plomo por un lado y plomo por el otro. Entonces, nosotros lo que hacíamos era amontonar las hojas de plátano, y apenas escuchábamos plomo por ahí cerca, salíamos a escondernos debajo de la hoja de plátano. Nosotros teníamos ya nuestras trincheras, para no ir a embarrarla o que la embarraran con uno.

Una vez bajaron a las fincas y mataron a los liberales. Pues uno para no meterse en problemas salía a tirarse al monte, para que no lo mataran. Uno no podía acercarse a las casas. Luego esos mismos iban a las fincas a sacar los ganados y otras cosas.

Yo me casé cuando tenía 15 años con un señor al que me entregaron. Se llamaba Gil Benavides. Él era de la región. Él no fue perseguido por la violencia, pero yo sí. Se dedicaba a comprar y vender ganado. Nos casamos en un pueblito que se llama La Paz.

Como en el año 63, mi marido y yo nos vinimos a vivir al pueblo San Ignacio de Opón; para esa época a mi papá le mataron a un hijo en la Linterna y por eso nos fuimos todos de allá. Ya después de que salimos de allá no volvimos. Ni mis hermanos, ni mi padre, ni yo. Mis hermanos mayores ya se habían ido para San Antonio, Cesar. Dos años más tarde mi padre se fue a vivir con mis hermanas que

también estaban en San Antonio. Yo fui la única que no fue allá, por lo que estaba casada, y aunque las otras también los estaban, ellas ya vivían cada una en su casa.

En San Ignacio ya no nos preocupamos con mi marido por los conservadores o los liberales. Acá ya era la guerrilla. -Como le llaman ahora. En ese tiempo le decían la chusma-. Esa gente lo que necesitaba era los hijos de uno, que tuvieran 10 años, 9 años, 8 años. Los cogían y se los llevaban para enseñarlos a tirar (a disparar).

Yo tuve que volarme una vez con mis hijos para que no se los llevaran. Tenía 3 varones. Querían a mis dos hijos mayores y me dejaban uno. Ellos tenían 8 y 9 años. Decían que, al que tuviera 3 hijos se le llevaban 2 y le dejaban 1 sólo. Incluso a mi hija mayor se la iban a llevar. Era una niña. Envolvían billetes de 50 mil, billetes de 20 mil y le daban. Le decían que ellos daban plata, que no le faltaría nada. La niña tenía como 7 años cuando empezaron a sonsacarla así, pero ella me contaba todo a mí.

Yo nunca estuve de acuerdo con esas cosas. Así que mandé a matricular a los niños en Guadalupe, y le dije a la guerrilla que la familia se los había llevado para Bucaramanga a estudiar. Si no hubiera sido así, pues a esta hora estuvieran mis hijos muertos o en un grupo guerrillero.

Mis padres ya murieron y mis hermanos varones también. Al mayor lo mató la guerrilla en San Alberto, Cesar. Y aún viven cuatro de mis hermanas, Clotilde, Betulia y Flor que viven en Bucaramanga, y mi hermana Teofilde vive en Bogotá.

Yo vivo en La Soledad, desde que mi hija menor cumplió los 18 años y terminó de estudiar. Ahora tengo una amistad con Gabriel. Él es colombo-venezolano. Lleva en Colombia desde enero y desde febrero vivimos juntos. Es un hombre muy trabajador. Y también viene de la violencia por el régimen de Venezuela.

Otra forma de despojo

Natalia Lancheros Rodríguez



Gentil -padre- era el hombre rico del pueblo. Cumplía por voluntad propia algunas funciones sociales que le correspondían al Estado...



Un día del año 1951 llegaron a Piedras un par de volquetas cargadas con Chulavitas, algo que no era común en el pueblo porque "era muy sano".





Como medida preventiva a nuevos asesinatos la gente se armó, y la viuda empezó a sostener una guerrilla liberal...Les proveía alimentos, dotaciones y mantenimiento de armas.



Al verse en apuros por la falta de insumos, consiguió un importante préstamo en el Banco Ganadero -entidad con participación del gobierno-.



Gentil en 1958, con 13 años de edad, se va para Ibagué a un aparta estudio a cursar cuarto de primaria, mientras su mamá Ana Paulina se repone de las pérdidas.



Piedras, un municipio del Tolima, era habitado por 2100 habitantes. Su gente se declaraba liberal, trabajadora, y sentía que vivía en un pueblo de riqueza inmensa. Así lo recuerda uno de sus más viejos conocedores: Gentil Troncoso Trujillo. Un hombre viudo, ganadero, que al momento de este relato contaba con 74 años de vida en los que tuvo que enfrentar, desde niño, la crueldad de la violencia en Colombia. Uno de los momentos más impactantes de su existencia fue la muerte de su padre, de quien heredó el nombre.

Su padre Gentil era el hombre rico del pueblo. Cumplía por voluntad propia algunas funciones sociales que le correspondían al Estado, como la asistencia en salud. Si una persona de escasos recursos se enfermaba, tuviera o no vínculo con él, cubría todos los gastos que requería el tratamiento, incluyendo traslados a centros médicos y acompañamiento. Además, financiaba las cosechas y los cultivos de los campesinos, dotándolos de herramientas de trabajo y víveres, que después eran cancelados con lo que dieran las cosechas sin cobrar intereses.

Durante la época de La Violencia se creó una facción armada conocida como los Chulavitas, para contrarrestar a los militantes del Partido Liberal, contrarios al Gobierno Conservador de Laureano Gómez. Fue entonces cuando la violencia se concentró en los Llanos Orientales y en el Tolima.

Un día del año 1951 llegaron a Piedras un par de volquetas cargadas con Chulavitas, algo que no era común en el pueblo porque “era muy sano”, según relata Gentil. De ese día también recuerda que su padre se recuperaba de una fiebre tifoidea.

Ese día en la casa de los Troncosos se presentó un grupo de policías para solicitarle a Gentil que se acercara a hablar con el alcalde, de quien su hijo hoy solo

recuerda el apellido: Romero. Ana María Trujillo, la señora de la casa, se negó rotundamente a que lo hiciera. Sin embargo, pasadas dos horas y por insinuaciones de un amigo llamado Juancho Cubides, Gentil decidió salir.

Él tenía una fonda, aproximadamente a tres metros de distancia de su casa, y alguien le dijo que el alcalde estaba allí. “Entonces mi padre convaleciente se fue hasta allá. Y el hijueputa de Romero le echó los ojos a mi padre, y creo que esa fue la señal para que la policía le disparara”, relata con dolor Gentil.

Los disparos se escucharon en la casa de la víctima, y Ana María no dudó, tras el estruendo, en correr hacia la fonda. En hombros lo llevaron a la casa. Otros fueron en la búsqueda de médicos. Gentil recuerda que su padre estuvo casi 24 horas esperando a que el personal de salud llegara. Ningún médico arribó. La muerte en cambio sí.

Según Gentil, los Chulavitas fueron enviados por el gobierno, encabezado por un godo para asesinar a su padre, con el fin de generar la violencia en el pueblo y sublevar a su gente. Sin embargo, Ana María prohibió que los habitantes respondieran al suceso. Tiempo después comenzaron a asediar a la familia y a amenazar al pueblo.

Como medida preventiva a nuevos asesinatos la gente se armó, y la viuda empezó a sostener una guerrilla liberal de 60 personas, encabezada por Agustín Bonilla, alias El Diablo. Les proveía alimentos, dotaciones y mantenimiento de armas. A cambio les pedía prevenir que otros grupos armados intimidaran a su familia. Pero la guerrilla creció y la viuda no pudo financiarla más.

* * *

Al promediar la segunda mitad del siglo XX, llega a los países subdesarrollados como Colombia la tecnología agrícola, conocida oficialmente como la Revolución verde o la Ola verde. Se trataba básicamente de un modelo de cultivo rentable que buscaba contrarrestar la escasez de alimentos mundial mediante la utilización de agroquímicos y maquinaria.

El gobernador del Tolima de la época -de apellido Velandia- llega a proponerle a la señora Ana Paulina unirse al movimiento, pues no solo mantenía a sus hijos

sino que seguía siendo una familia importante de Piedras de la que otras familias dependían.

Integrada al programa vendió algunas reses para comprar maquinaria y empezó a sembrar ajonjolí en las fincas de tierras vírgenes.

En un principio se daban buenas cosechas, así que también cultivó algodón. Pero cuando tuvo más propiedades comprometidas empezó a perder dinero porque los químicos mataban los cultivos.

Al verse en apuros por la falta de insumos, consiguió un importante préstamo en el Banco Ganadero -entidad con participación del gobierno-. No pudo cumplir con los pagos y, como consecuencia, perdió sus fincas.

Gentil en 1958, con 13 años de edad, fue para Ibagué a un apartaestudio a cursar cuarto de primaria, mientras su mamá Ana Paulina se reponía de las pérdidas. Sin embargo, él viajaba constantemente a Piedras, por lo menos cada ocho días, y así lo hizo año tras año hasta tener la madurez suficiente para comprender la muerte de su padre y el declive económico de la familia mientras el país vivía una de sus más cruentas épocas de violencia.

Gentil señala que esto le partió la vida en millones pedazos, y que a su avanzada edad no ha podido pegarlos. Se siente orgullo de que pudo darle una muerte digna a su mamá a los 98 años, de haber tenido una esposa a la que amó y tres hijos.

Según la RAE (Real Academia de la Lengua Española), la palabra despojar significa “privar a alguien de lo que goza y tiene”, por esta razón Gentil se considera víctima de despojo de tierras. Su padre en vida dejó unas hijuelas en la notaría primera de Ibagué (la única por esa época) en las que declaró que nadie, ni el Estado podría adueñarse de las fincas, pues eran propiedad de tres de ocho hijos que tenía. La falta de apoyo a la familia por entidades del gobierno ocasionó que se entorpeciera el progreso de volver a levantarlas. Actualmente las tierras se encuentran en estado de abandono. Como millones de colombianos, Gentil busca justicia por medio de la ley y piensa demandar para recuperar lo perdido.

El despojo de tierras *en época de* *La Violencia*

No esperes más y entra en
www.despojoenlaviolencia.poligran.edu.co



LA MEMORIA es ese espacio de hilos delgados y gruesos por los que es complejo transitar. Los días, los meses y los años la convierten en un terreno impredecible de zonas fangosas; pero sobre ella siempre hay que volver. De eso se trata este libro, de volver sobre el pasado de 12 colombianos que hoy superan los 80 años, y que fueron testigos de la época de la Violencia, que se establece desde 1930 y que se complejiza el 9 de abril de 1948 con el asesinato de líder político Jorge Eliecer Gaitán.

